Bacto 2

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

MADRID:

RIOS, MONIER, CUESTA.

CÁTALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.*

DRAMAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bárdo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del Diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¡Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos!..
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Los pretendientes.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cuecas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

Un año en quince minutos.
Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente:
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo!
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

EL VALOR DE LA MUJER,

DRAMA EN CINCO ACTOS.

POR

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Representado en el Teatro de Variedades.

N.° 192.

MADRID.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.° 14.
1852.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elvalordelamujer00bret

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de abril de 1839, 4 de marzo de 1844, y 5 de mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAS.	ACTORES.
JACINTA.	Doña Teodora Lamadrid.
JACOBA	Doña María Rodriguez.
DOÑA SALOMÉ	Doña Lorenza Campos.
CÁNDIDO.	Don Joaquin Arjona.
EL MARQUÉS	Don Manuel Ossorio.
UN LABRADOR	Don José Bullon.

Criados, que no hablan.

La accion pasa en una quinta en las inmediaciones de Córdoba.

ACTO PRIMERO.

Jardin. Puerta y fachada interior de la quinta á la derecha del actor: á la izquierda, entre árboles, un pabellon con la puerta, sobre tres ó cuatro gradas, y dos ventanas mirando á los bastidores de la derecha: tápia con verja en el foro: dos bancos de piedra en el proscenio: en medio un velador, tambien de piedra. La misma decoracion servirá para los dos actos siguientes.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA SALOMÉ.—EL MARQUÉS.

(Doña Salomé vestida para paseo; el Marqués en traje de montar. Ambos aparecen sentados en un banco de piedra á la derecha.)

D.ª SAL. ¡Válgame Dios, qué impaciencia
tan...
MARQ. Es natural, señora;
es la misma que sin duda
tuvo usted cuando fué novia,
hasta que al pié del altar
ciñó á su sien la corona
nupcial. Ó su hija de usted
me ama ó no me ama...
D.ª SAL. Le adora
á usted.
MARQ. Esa persuasion
algunas veces me colma
de satisfaccion y orgullo...

713199

D.ª SAL. ¡Cuando yo digo...
MARQ. Pero otras...
D.ª SAL. ¿Qué?
MARQ. Dudo..., me desespero...
Es voluble, caprichosa...
D.ª SAL. ¿Ella? ¡Ba! ¡Pobre muchacha!
Tiene las vivezas propias
de su edad y esa gentil
bizarria que enamora,
que encanta; pero en el fondo
es una tierna paloma.
MARQ. Pues ¿por qué retarda tanto
el momento de mi gloria,
de mi dicha?
D.ª SAL. Acaso teme
que la pasion amorosa
de usted no sea tan firme,
tan entrañable, tan sólida
como usted mismo presume.
MARQ. ¿No la pido para esposa?
Si esto no es acreditar
mi amor en debida forma,
no sé...
D.ª SAL. Hará apenas un mes
que nos tratamos, y...
MARQ. Sobra
para abrasar en amores
con las gracias que atesora,
no el mio, que es blanda cera,
sino un corazon de roca.
Mas para rendir el suyo
habrá menester Jacoba
sin duda aguantar un sitio
tan largo como el de Troya.
D.ª SAL. ¡Eh, nada de eso!—En fin, hoy
saldrá usted de esa congoja.
La interpelaré, y no dudo
que, á más tardar, en la próxima
semana se firmarán
los contratos de la boda.
MARQ. Seré el mas feliz... ¿Y qué hace?
¿Dónde está?
D.ª SAL. Pregunta ociosa.

¿No han de cabalgar ustedes
dándome los dos escolta?

MARQ. Sí; mas ya ha tenido tiempo
sobrado...

D.ª SAL. Ni en media hora
acaba. ¿Es grano de anís
el vestirse de amazona?

MARQ. ¡Qué bien le sienta ese traje!

D.ª SAL. Sí; como es tan buena moza,
aunque á mí no me está bien
el decirlo, y tan airosa,
tan varonil...

MARQ. ¡Con qué brio
sobre el overo galopa!
¡Cuán firme y diestra le rige!
A llevar morrion y cota,
¿quién mirando su apostura
no diria: esa es Belona?

D.ª SAL. ¡Es mucho despejo el suyo!
Pues ¿y tirar con pistola
ó con escopeta al blanco?
Vamos, es otra Cenobia,
otra... ¿Cómo se llamaba
la reina de Babilonia...,
aquella... Doscientas veces
la oí cantar en la ópera,
y no recuerdo...

MARQ. Semíramis.

D.ª SAL. Pues.

MARQ. Ni ese valor que asombra
y esa gentileza ecuestre
presumo yo que se opongan
á los dulces sentimientos
de que su sexo blasona.

D.ª SAL. Es claro.

MARQ. Será consorte
fiel y madre cariñosa...
Yo me complazco en creerlo
así...

D.ª SAL. Y con razon. No obsta
lo sensible á lo valiente.—
No era tan emprendedora
seis meses ha. ¡Pobrecita!

MARQ. ¡Cómo!...
D.ª SAL. ¿Ve usted esa rosa
fresca, galana, arrogante?
Pues, como lirio que agosta
sol abrasador, la ví
lánguida, abatida, pocha...
MARQ. ¿Enfermó...
D.ª SAL. Sí; cayó en cama
con una afeccion nerviosa
tan tenaz, que eran inútiles
cuantos jaropes y drogas
le recetaron. Por dicha
estaba entonces en Córdoba
mi buena hermana Dolores,
que, establecida en Chipiona,
vino á pasar una breve
temporada con nosotras.—
Yo curo, dijo, á esa niña
sin mas emplastos ni pócimas
que llevármela conmigo
donde respire la atmósfera
apacible del Atlántico
y la refresquen sus olas.—
Lo aprobó el doctor, sin duda
por temor de que Jacoba
muriese en sus manos, viendo
que ya se iba por la posta.
Preparóse pues el viaje
y partieron sin demora.—
Yo no pude acompañarlas
porque aun duraba la historia
de la testamentaría
de mi marido, que goza
de Dios.—Pues, señor, ni mano
de santo. Apenas la góndola
rodó por el arrecife,
se sintió mas animosa
la enferma, y no bien aspira
aquel ambiente, se esponja,
se fortalece; los baños
de mar completan la obra,
y á los tres meses de ausencia
vuelve á mis brazos tan otra,

que no la hay mas rozagante
diez leguas á la redonda.

MARQ. Yo celebro...

D.ª SAL. *(Levantándose y tambien el Marqués.)*
Siento pasos...
(Mirando hácia la casa.)
Ella será... No; es la sosa
de su prima.

MARQ. ¿Sosa? No:
modesta, tímida...

D.ª SAL. Noña,
pedestre...

ESCENA II.

DOÑA SALOMÉ.—EL MARQUÉS.—JACINTA.

JACINTA. *(Con un libro en la mano.)*
Muy buenos dias.

MARQ. Felices, Jacinta hermosa.

D.ª SAL. ¿Y Jacoba?

JACINTA. Está acabando
de vestirse.

MARQ. ¡Hola, hola!,
lectura... ¿Alguna novela?

JACINTA. No.

D.ª SAL. Tiene humos de doctora
mi sobrina.

JACINTA. *(Al Marqués, dándole el libro.)*
Vea usted...

MARQ. *(Leyendo el tejuelo.)*
»La Santa Biblia.»

D.ª SAL. (¡Gazmoña!)

MARQ. Bien. (¡Es un ángel!)
(Abriendo el libro por un registro y leyendo.)
»Mulierem
fortem ¿quis inveniet?»

D.ª SAL. ¡Oiga!
Eso me suena á latin.
¿Quién te ha enseñado ese idioma?

JACINTA. No sé latin; pero al márgen
del texto está en cada hoja

la traduccion castellana
por el Obispo de Astorga.—
No sabía que el Marqués
estaba aqui, y á la sombra
de aquellos árboles iba
á leer...

D.ª SAL. ¿Quién te lo estorba?

JACINTA. Como hoy es dia de fiesta...

D.ª SAL. Bien; lee y no nos corrompas.

MARQ. (¡Pobre chica!)

JACINTA. Con permiso
de ustedes.
(Se sienta en el banco de la izquierda y lee para sí.)

D.ª SAL. ¡Miren la hipócrita...

MARQ. La juzga usted con sobrado
rigor. Ocupar las horas
de ocio en piadosas lecturas
ú obras de misericordia
es virtud...

D.ª SAL. Hoy viene usted
muy seráfico.

MARQ. Señora...

D.ª SAL. Y aquel *forte* y aquel *quis*
¿qué son en lengua española?

MARQ. »¿Dónde está la mujer fuerte?
¿Quién la hallará?

D.ª SAL. ¡Toma, toma!
En Vizcaya y en Asturias
y en Galicia lo son todas.

MARQ. No habla Salomon de fuerza
muscular.

D.ª SAL. Pues ni esa ni otra
hay que buscar en mi insípida
sobrina.

MARQ. (Vamos, ¡la odia
de muerte!)

D.ª SAL. No es para nada.

MARQ. Pues ella es muy hacendosa...

D.ª SAL. Eso sí.

MARQ. Y hace primores
con sus manos...

D.ª SAL. ¡Pche! bicocas

de mujer vulgar.

MARQ. No obstante...

D.ª SAL. Jacobita es otra cosa.
¡Qué donaire... y qué presencia
de ánimo... Nada le asombra.
¡Si no parece mujer!

MARQ. Eso...

D.ª SAL. Es á prueba de bomba.

MARQ. ¡Ay, señora, en la desgracia
las virtudes se acrisolan,
y ella no le ha visto el rostro
todavía!

D.ª SAL. Eso ¿qué importa?

MARQ. Si Dios pone á prueba un dia
esa fortaleza heróica,
¿quién sabe...

D.ª SAL. En la suerte adversa
sería como en la próspera
fuerte, incontrastable... Pero
eso es hablar de memoria.
Rica, bella, bien nacida,
y discreta, y en la aurora
de la juventud, ¿qué males
puede temer, qué zozobras...
¡Ay! sí, sí; fatal acaso
será la nupcial antorcha
para ella.

MARQ. ¿Por qué?

D.ª SAL. Los hombres...

MARQ. Mi amor...

D.ª SAL. ¡Sí, buenas y gordas!...
Muy rendidos cuando novios,
mucho arrullar á la tórtola,
y despues...

MARQ. ¡Señora!...

D.ª SAL. ¡Pérfidos!

MARQ. Óigame usted...

D.ª SAL. ¡Y aun hay tontas...

MARQ. ¡Oh!...

ESCENA III.

DOÑA SALOMÉ.—EL MARQUÉS.—JACINTA.—JACOBA.

(Sale Jacoba en traje de montar y con látigo.)

JACOBA. ¿Qué es eso?
MARQ. Nada ya,
pues en ese rostro asoma
el íris...
JACOBA. ¿Riñen ustedes?
MARQ. No tal. Mi señora doña...
D.ª SAL. ¡Hum...
MARQ. Salomé ha interpretado
mal...
D.ª SAL. Puede; pero es tan posma
cuando da en filosofar...
MARQ. Yo no...
JACOBA. Por supuesto, en contra
del sexo...
MARQ. ¿Yo? Ni soñarlo.
El que ama no filosófa;
y harto sabe usted, ingrata,
que mi alma...
JACINTA. *(Dando un grito agudo, levantándose sobresaltada y dejando caer el libro.)*
¡Ay!
D.ª SAL. ¿Quién alborota?
JACINTA. *(Corriendo desatentada.)*
¡Jesus!
JACOBA. ¡Jacinta!
JACINTA. ¡Amparadme!
JACOBA. ¿Qué tienes?
D.ª SAL. ¿Por qué te azoras?
MARQ. Sosiéguese usted...
JACINTA. *(Mirando aterrada hácia el banco donde estuvo sentada.)*
Allí...
Allí estaba...
JACOBA. ¿Quién, miedosa?
JACINTA. Un bicho... Una... Ya se mueve
otra vez... ¡Dios me socorra!

(Se sube sobre el banco de la derecha.)

JACOBA. *(Riéndose.)*
¡Ah! ya la veo... Ja, ja...
¡Una lagartija!

D.ª SAL. ¡Tonta!

JACOBA. Un chasquido de mi látigo
basta para que se esconda
en el centro de la tierra.
(Hace chasquear el látigo.)

JACINTA. *(Algo repuesta del susto.)*
¡Ah!

MARQ. *(Dando la mano á Jacinta para que baje del banco.)*
Baje usted y deponga
todo temor. No es maligno
ni cria mortal ponzoña
tan inocente reptil.

D.ª SAL. ¿Por qué no se mete monja
esa infeliz?

JACINTA. No soy dueña
de mí, aunque luego conozca
mi flaqueza y la confiese,
cuando á mi vista se enrosca
y se arrastra...
(Con estremecimiento.)
¡Herr!... un inmundo
animal...

MARQ. ¿Quién no perdona
á su sexo delicado,
tierno...

D.ª SAL. Vamos, ven; recobra
tu espíritu. ¿Quieres tila?

JACINTA. Ya estoy bien... Agua... Yo sola
puedo...

D.ª SAL. No. Yo voy contigo.
(Da el brazo á Jacinta.)

JACINTA. Gracias.

D.ª SAL. Te echaré unas gotas
de azahar.

JACOBA. Sí, sí.

D.ª SAL. Hasta luego.

JACOBA. *(Sonriéndose.)*
Que te alivies.

(Al Marqués.)
Es de alcorza.

ESCENA IV.

JACOBA.—EL MARQUÉS.

MARQ. No hay por qué burlarse de ella,
que no es cosa tan extraña
asustarse una doncella
viendo cualquier musaraña.
Tál vez el hombre de fibra
mas fuerte y mayor denuedo
á su pesar no se libra
de pagar tributo al miedo.
Tál, que muestra en la campaña
la bravura de Viriato,
en frio sudor se baña
cuando se espereza un gato.
No es justo, siendo su ser
tan distinto desde Adan,
que se pida á una mujer
el valor de un capitan.
Ni solo al hombre atribuyo
del valor el alto don:
cada sexo tiene el suyo
segun su organizacion.
No es dado á toda belleza
el belicoso ardimiento,
mas tambien hay fortaleza,
Jacoba, en el sufrimiento.
Ellas en la adversidad,
sin soñar lauros ni templos,
de abnegacion, fe y piedad
nos dan insignes ejemplos.
Nuestras acciones mas bellas
hijas del orgullo son;
pero el heroismo de ellas
brota de su corazon.

JACOBA. ¡Gran plática! Hoy me convierto.

MARQ. ¡Jacoba!...

JACOBA. ¡Qué bien lo pinta!

Mucha lástima es por cierto
que no le oiga á usted Jacinta.

MARQ. ¿Por qué?

JACOBA. Ese arrebato lírico,
que acaso mal comprendí,
¿es para ella panegírico,
ó sátira para mí?

MARQ. Ni uno ni otro.

JACOBA. Si usted la halla
tan perfecta, no hay remedio,
reverso de su medalla,
yo debo causarle tédio.
Ella á su esfera se ajusta,
dulce, humilde, santa y boba,
y yo manejo la fusta
con mas gusto que la escoba;
luego yo estoy muy detrás...

MARQ. ¡No!

JACOBA. ¡Sí! Hable usted sin empacho.
No le ha faltado á usted mas
que llamarme marimacho.

MARQ. ¡No, por Dios! ¿Quién piensa tal?
Te juro, Jacoba mia,
que yo hablaba en general
y á nadie me contraía.
Por cabalgar una dama,
si asi lo quiere la moda,
no compromete su fama
ni descompone una boda.
Manejar mi dulce prenda
puede con la misma gala
en el paseo la rienda
y el abanico en la sala;
ni incurrirá en mi entredicho,
mientras no lo haga costumbre,
cuando por gracia ó capricho
á una pistola dé lumbre.
Y este garbo excepcional,
que en cualquier dama tolero,
¿puede parecerme mal
en la hermosa por quien muero?

JACOBA. Gracias; pero es tarde ya,
que, aunque se bañe de almbar,

amarga siempre será
una píldora de acíbar.

MARQ. Es injusta esa querella,
y tú lo sabes muy bien,
pero necesitas de ella
para paliar tu desden.

JACOBA. ¡Paliar! Aun eso me irrita,
que para querer ó no,
pretextos no necesita
una mujer como yo.—
Y cuando yo los buscara,
¿no es agravio por ventura
que usted ensalce en mi cara
á tan vulgar criatura?

MARQ. Duélome del hado impío
á que humilde se resigna;
lamento el cruel desvío
de que no la creo digna.

JACOBA. ¡Lindo! ¿Qué crueldad es esa
que le pone á usted tan triste?
¿No se le da cama y mesa?
¿No se la calza y la viste?
Con humillante servicio
hoy ganaria la sopa,
ó tal vez en un hospicio
estaria hilando estopa,
si, huérfana desvalida,
no hubiera hallado poco ha
tan generosa acogida
en los brazos de mamá.

MARQ. Dar el pan es buena obra;
pierde su prez, sin embargo,
si con desprecios se cobra
y la altivez lo hace amargo.—
No te ofenda la franqueza
de quien te ama con pasion.
Tú, yo lo sé con certeza,
tienes muy buen corazon;
pero el demasiado mimo
quizá...

JACOBA. ¡Basta! Me impaciento.

MARQ. Mis consejos...

JACOBA. Los estimo,

pero no vienen á cuento.
Yo no sufro en quien me ame
un censor atrabiliario
que á su tribunal me llame
como al de un confesonario.

MARQ. ¡Si yo...

JACOBA. De tal repasata
la causa no se me esconde.
Chismes de esa mojigata
que tan mal me corresponde.

MARQ. No; lo juro por mi honor.
Al contrario...

JACOBA. ¡Oh! basta ya.

MARQ. Bien, basta; pero... mi amor...

JACOBA. Jacinta lo premiará.

MARQ. No es ella á quien los desvelos
de un cariño sin falacia
consagro yo, y esos celos...

JACOBA. ¿Celos yo? ¡Y de ella! ¡Qué gracia!

MARQ. De esa respuesta se infiere
que usted, ingrata...

JACOBA. ¿Otra arenga?
Piense usted lo que quisiere:
yo haré lo que me convenga.

MARQ. Pues bien; por siempre me aparto
de usted.

JACOBA. ¿Sí?

MARQ. El cielo es testigo;
que ya estoy harto y mas que harto
de que juegue usted conmigo.

JACOBA. ¿De veras?

MARQ. ¡Oh! sí, señora.

JACOBA. (*Riéndose.*)
¡Bá!

MARQ. ¿Qué?

JACOBA. Apostemos, Marqués,
á que antes de un cuarto de hora
le veo á usted á mis piés.

MARQ. ¡No, nunca! Yo no hablo en chanza.
Sería un necio, un infame...
Mas no pierdo la esperanza...

JACOBA. ¿De qué?

MARQ. De que usted me llame.

JACOBA. ¿Yo? ¡Qué fatuidad!
MARQ. Bien sé...
JACOBA. ¿Tanto vale useñoria...
MARQ. No por amor...
JACOBA. Pues ¿por qué?
MARQ. ¿Qué sé yo? Por tiranía.
Mas no vendré. Mi cabeza
siegue afilada segur
primero...
JACOBA. ¡Sí, sí; firmeza!
MARQ. ¡Adios para siempre!
JACOBA. Abur.
(Al volver la espalda el Marqués en direccion de la verja, asoma por el pabellon Cándido, y Jacoba le sale al encuentro.)

ESCENA V.

JACOBA.—EL MARQUÉS.—CÁNDIDO.

JACOBA. ¡Cándido! (Viene á propósito.)
CÁNDIDO. ¡Jacoba amable!
MARQ. *(Deteniéndose.)*
(¡Qué escucho!)
JACOBA. ¡Al fin te veo! ¡Horas y horas
encerrado como un buho
en el pabellon!
CÁNDIDO. ¡Qué quieres!...
MARQ. (No miran. Aqui me oculto.)
(Se oculta entre unos árboles y observa.)
CÁNDIDO. Es preciso repasar...
JACOBA. ¡Cómo! ¡Entregarse al estudio
con tanto afan! Bien estabas
para eso en el instituto
de Córdoba; y si mamá
de su director obtuvo
quince dias de licencia,
fué para que el aire puro
de esta posesion campestre
te diese solaz, y el gusto
se nos cumpliese á nosotras
de que tan apuesto alumno

nos sirviese de escudero.
MARQ. (¡Oiga!)
JACOBA. (No se ha ido.)
CÁNDIDO. Mucho
te agradezco, prima mia,
tanta fineza...
MARQ. (¡Hum... Yo sudo.)
CÁNDIDO. Pero hay dia para todo.
JACOBA. (¡Cómo... ¡Habrá necio...)
MARQ. (No es ducho
en el arte el escolar.)
CÁNDIDO. Sintiera perder el curso...
Ni te hace falta mi brazo
inexperto cuando el suyo
te ofrece todo un marqués,
hombre de chapa y de mundo.
JACOBA. No es lo mismo. Él no es de casa.
CÁNDIDO. Lo será, segun barrunto,
muy en breve.
JACOBA. No lo creas.
CÁNDIDO. Pues ¡qué! ¿nó es ya tu futuro?
JACOBA. No congeniamos.
MARQ. (¡Inícua!)
CÁNDIDO. Pero...
JACOBA. Me irrita su orgullo.
MARQ. (¡Falsa!)
CÁNDIDO. ¡Orgullo! En merecer
tu mano, si tiene alguno,
sin duda lo fundará.
JACOBA. ¿Lisonjas?
MARQ. (¡Hum! No es tan zurdo
como creí.)
CÁNDIDO. No es lisonja
pagar sincero tributo
á la verdad. Tú eres bella,
graciosa, jovial...
MARQ. (Me pudro.)
JACOBA. (¡Bien!) El afecto de primo
quizá te engaña.
CÁNDIDO. Presumo
que no. Tambien tienen ojos
los primos.
MARQ. (Hoy le sepulto.)

JACINTA. Gracias... Con mas entusiasmo
ya habrás fijado los tuyos
en otra joven...
CÁNDIDO. No, á fe.
Hasta ahora han sido mis únicos
amores...
JACOBA. ¿Cuáles?
CÁNDIDO. Los libros.
Aun no tengo cuatro lustros;
y, ya ves tú, sin carrera
ni empleo, sería absurdo...
JACOBA. ¿Por qué...
CÁNDIDO. Sí; yo me conozco.
JACOBA. Eso es llevar á lo sumo
la modestia y la...
MARQ. (¡Traidora!)
CÁNDIDO. Y no creas que es de estuco
mi corazon. Siento en él
cierto anhelo..., así..., un impulso...
MARQ. (Se va haciendo interesante
el diálogo.)
CÁNDIDO. Mas ya abuso
de tu bondad...
JACOBA. No por cierto.
(Tomándole el brazo.)
Demos una vuelta juntos...
(Este es el golpe de gracia.)
MARQ. (¡Oh!...)
CÁNDIDO. *(Andando con Jacoba hácia la izquierda.)*
Sabes que soy tu súbdito...
JACOBA. Mi escudero, mi galan...
CÁNDIDO. ¡Oh Jacoba! Á tanto triunfo
no me es dado...
(Desaparecen por el arbolado. El Marqués sale al proscenio.)

ESCENA VI.

EL MARQUÉS.

¡Ira de Dios...
¡A él finezas, á mí insultos...

¡No hay mas; me deja por él!
¡Por un mocosuelo estúpido,
imbécil, que la posterga
á Virgilio y Quinto Curcio!
¡Y ella misma, infame Circe,
con lisonjas, con arrullos
le halaga, le abre los ojos...
¡Quién me dijera, hado injusto,
que un rival me reservabas
en semejante... ¡Y lo sufro!—
Ya se han perdido de vista...
¿Qué hago que no le desnuco,
y á ella...

ESCENA VII.

El Marqués.—Jacinta.

Jacinta. *(Dirigiéndose hácia el banco donde estuvo sentada.)*
El libro...
Marq. ¡Oh mi buena
Jacinta!
Jacinta. Está usted convulso...
¿Qué es eso? ¿Qué tiene usted?
Marq. Esa pérfida... ¡Al sepulcro
me llevará!
Jacinta. ¿Quién?
Marq. Jacoba.
Mintió su labio perjuro.
Jacinta. ¡Es posible...
Marq. Me desprecia,
me vende...
Jacinta. ¡Ella!
Marq. Como el humo
se disipó mi esperanza.—
Ya me ha dado un sustituto.
Jacinta. ¡Qué oigo!...
Marq. ¿Y sabe usted quién es?
El colegial boquirrubio.
Jacinta. ¿Cándido? Aprension será
de usted...

MARQ. No; lo sé; lo juro;
lo he visto; le ama; los dos,
despues de dulces preludios
de que yo he sido testigo,
se han ido hace ocho minutos
por ese jardin adentro...

JACINTA. No hay fundamento ninguno
para esos celos. Son primos...

MARQ. ¡Miren qué tacha les puso!
¡Ay! si Dios no hace un milagro,
el primo, ya no lo dudo,
seré yo... en la otra acepcion
que da á esa palabra el vulgo.

JACINTA. ¡Es posible que hable así
hombre de tan buen discurso!
usted se ofusca, Marqués...

MARQ. No, señora; no me ofusco.

JACINTA. Sí tal. No es digna Jacoba
de esos recelos injustos.

MARQ. ¡Oh! de lo que ella no es digna
es del tierno amor que iluso
le juré.

JACINTA. (¡Triste de mí!)

MARQ. Será inexpugnable muro
su honor; convengo. Mas solo
en la castidad no fundo
la virtud de una mujer.
A ella...; de rubor me cubro,
pero es fuerza confesarlo;
le faltan los atributos
mas laudables de su sexo,
aunque modestos y oscuros;
la bondad, la mansedumbre,
la ternura, el don infuso
de hacerse querer, sin fausto,
sin hacer pesado el yugo
de su cariño... ¡Ay, Jacinta!
Si estuviese en manos de uno,
y no en las de su destino,
guiar con certero rumbo
sus pasiones, no es á ella
á quien tan ardiente culto
rindiera mi corazon.

JACINTA. (¡Santo Dios, sé tú el escudo
del mio!)
MARQ. Pero sus gracias
me hechizan y en vano lucho
contra... Perdóneme usted,
Jacinta; yo la importuno
con mis quejas, con mis cuitas...
JACINTA. (¡Ay!) No, señor.
MARQ. Yo perturbo
tal vez la calma inefable
de un ángel cándido, puro
cuyo pecho no destrozan
en borrascoso tumulto
las pasiones...
JACINTA. (¡Oh suplicio!)
MARQ. Pero mi postrer recurso,
Jacinta, mi único amparo
es usted.
JACINTA. ¡Triste refugio
es el de una pobre huérfana
á quien en suerte no cupo
otro don, y ese tal vez
présago de negro luto,
que el de una conciencia sana
y un corazon que no pudo
jamás ver indiferente
los ajenos infortunios!
MARQ. ¡Alma bella!
JACINTA. Mas si puedo,
tal como al Señor le plugo
que yo sea, hacer á usted
algun servicio, con sumo
placer...
MARQ. Sí, sí. Por de pronto,
sáqueme usted de este apuro.
Vaya usted á interrumpir,
que ya es sobrado difuso,
aquel amante coloquio.
JACINTA. Iré.
MARQ. Y si con disimulo
pudiese usted sondear...
JACINTA. Yo lo haré, aunque dificulto...
Sabe usted que con Jacoba

tengo yo muy poco influjo;
pero me distingue usted
con su estimacion, y es justo
que en cuanto de mí dependa
le muestre yo mi profundo
agradecimiento. Voy...

MARQ. Sí, pronto, que me consumo.

JACINTA. *(Yéndose por la izquierda.)*
(¡Pobre corazon opreso,
perdónale el dardo agudo
con que te hiere! ¡Él no sabe
que es tu ídolo... y tu verdugo!)

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS.

Sí; quizá ha sido aprension...
No; el agravio es evidente.
¡Y aun doblo humilde la frente...
¡Vergüenza! ¡Oprobio! ¡Baldon!
¡No mas! ¡Sea yo maldito
si vuelvo...
(Viendo á Cándido, que atraviesa el foro de izquierda á derecha.)
Mas ¿no es aquel
el victorioso doncel...
(En alta voz.)
¡Oiga usted, caballerito!

ESCENA IX.

EL MARQUÉS.—CÁNDIDO.

CÁNDIDO. ¿Quién llama con tanto imperio?

MARQ. Quien puede.

CÁNDIDO. Usted...

MARQ. ¡Voto á briós!...
Tenemos que hablar los dos.

CÁNDIDO. ¿De qué?

MARQ. De un asunto serio.

CÁNDIDO. Sepamos...

MARQ. Yo amo á Jacoba.
CÁNDIDO. Ya lo sé, y hace usted mal.
MARQ. ¿Por qué, insolente rival?
(Ya está visto: me la roba.)
Sabré quebrantar su red
sin que otro me lo aconseje,
pero antes que yo la deje
quiero escarmentar á usted.
CÁNDIDO. ¿A mí? (¡Pues eso me falta!)
¿Cómo?
MARQ. No hay que hacerse el tonto.
Armas, sitio y hora; ¡pronto,
que la bilis se me exalta!
CÁNDIDO. La ocurrencia es singular...
MARQ. ¿Eh?
CÁNDIDO. Y merece que se imprima.
¡Tras de burlarme mi prima
usted me quiere matar!
MARQ. ¡Qué oigo!
CÁNDIDO. Digo pura y neta
la verdad. Yo soy un hombre
cándido como mi nombre
y ella una insigne coqueta.
Sin soñar Fílis ni Clóris,
á ser aspiraba yo
peritus juris, y no
á ser *peritus amoris*;
mas Jacoba ¿á quién no emboba
cuando en ser amable da?...
Porque usted no negará
que es muy bonita Jacoba.
MARQ. Bien...
CÁNDIDO. Por un raro capricho
hoy con boca de jarabe
y ojos... ¡Qué ojos!...
MARQ. ¡Oh!
CÁNDIDO. ¿Quién sabe
los piropos que me ha dicho?
MARQ. Sí. Adelante.
CÁNDIDO. Soy exacto.
Luego en el mio se apoya
su brazo... ¡y allí fué Troya!
Su magnético contacto...

MARQ. *(Entre dientes.)*
¡Hum...
CÁNDIDO. Bufa usted con razon.
MARQ. *(Incomodado.)*
¡Oh!...
CÁNDIDO. En dos palabras, Marqués;
caigo extático á sus piés
y me rindo á discrecion.
Lo natural de aquel lance
era abrirme su terneza
los brazos, que asi lo reza
más de un curioso romance;
pero ¡oh rigor inaudito!
viéndome asi la taimada,
disparó una risotada
que me dejó tamañito.
MARQ. (¡Respiro!)
CÁNDIDO. Tronar intento
contra su perfidia atroz,
y se me atasca la voz,
y la risa va en aumento.
Por fin... ¡Hay horas menguadas!
MARQ. Cierto. (¡Pobre colegial!)
CÁNDIDO. Cesó el rudo temporal
de sonoras carcajadas,
y la alevosa coqueta
me dijo en tono muy seco:
¡vaya á estudiar el muñeco
y déjeme el alma quieta!
MARQ. (¡Albricias!)
CÁNDIDO. Si su desden
no es bastante, ahora de recio
zúrreme usted, que por necio
me estará bien y muy bien.
MARQ. ¡Zurrarle á usted! Al contrario.
(Dándole la mano.)
Soy su amigo verdadero.
CÁNDIDO. Gracias.—¡Qué ensayo! ¡Oh! primero
que á mí me pesque el vicario...
MARQ. ¡Triste error...
CÁNDIDO. ¡Infame ardid!
MARQ. Vamos, ¡juicio!... Ya pasó...
Usted no la amaba...

CÁNDIDO. ¿Yo?
Ni soñarlo: ahi está el quid.
No la amaba, pero ahora...
MARQ. *(Con inquietud.)*
¿Cómo...
CÁNDIDO. Ahora la detesto.—
¿Ya torcía usted el gesto?
(Asoman por la izquierda Jacinta y Jacoba.)
¡Allí viene la traidora!
(Yéndose á la casa.)
Abur.
MARQ. ¡Oiga usted...
CÁNDIDO. *(Sin oirle.)*
(Muy bella;
eso sí...)
MARQ. (¡Qué extravagancia!)
CÁNDIDO. (Mas no arriendo la ganancia
al que se case con ella.)

ESCENA X.

EL MARQUÉS.—JACINTA.—JACOBA.

MARQ. (Huirla debo mas que él,
pero aquí el amor me clava.)
JACOBA. ¡Aquí estaba usted!...
MARQ. Sí estaba,
fiera, fementida, infiel.
JACINTA. Si mi ruego es eficaz
y amor perdona al que yerra
por amor, cese la guerra.
¡Cuánto mas grata es la paz!
MARQ. Yo escuché el acento blando
con que á Cándido la impía
halagaba...
JACOBA. Y yo sabía
que usted me estaba escuchando;
y si fué culpable intriga
la que yo fingí en despique,
no sea yo quien lo explique;
venga Cándido y lo diga.
MARQ. Todo lo sé; mas, por Dios,

sé sincera: obrar así
¿fué desagraviarme á mí
ó agraviarnos á los dos?
(*Jacinta toma el libro que quedó en el banco.*)

JACOBA. Fué castigar tu sospecha;
fué que, turbando mi calma,
celos me herian el alma
con envenenada flecha.
Mas ya mi engaño maldigo
viendo que con tanta fe
la que mi rival juzgué
me reconcilia contigo.
(*Dando la mano á Jacinta.*)
Perdon te pido.

JACINTA. No á mí,
á él... Ya nada recuerdo.

MARQ. No tiene hiel.

JACINTA. (Yo me pierdo
si no me alejo de aquí.)
Cese el violento desvío
y daos la mano... siquiera
por ser yo la medianera.
(*Se dan la mano Jacoba y el Marqués.*)
¡Bien! (¿Puedo hacer más, Dios mio?)
(*Entra en la casa.*)

ESCENA XI.

JACOBA.—EL MARQUÉS.

JACOBA. Confieso á fe de quien soy
que he sido injusta con ella.

MARQ. Digna es de mejor estrella.

JACOBA. Seré su hermana desde hoy.

MARQ. No te pesará.— Y mi fe
¿cuándo...

JACOBA. (¡Oh Dios!)

MARQ. En dulce lazo...

JACOBA. (Tiemblo...) Breve será el plazo.
Mañana te lo diré.

MARQ. Mas ¿por qué difieres...

JACOBA. ¡Oh!...

MARQ. No te enojes.
JACOBA. ¡Qué porfía!
MARQ. Mi amor...
JACOBA. ¿Tan largo es un dia?

ESCENA XII.

JACOBA.—EL MARQUÉS.—DOÑA SALOMÉ.—CÁNDIDO.

(*Cándido da el brazo á su tia.*)

D.ª SAL. Coche y corceles ya ha rato
que están listos.
JACOBA. Vamos...
D.ª SAL. ¡Vivo!
Téngala usted el estribo.
MARQ. Sí haré.
(*Vase con Jacoba por la verja.*)
CÁNDIDO. (¡Pobre mentecato!)
D.ª SAL. Los dos al coche.
CÁNDIDO. Muy bien.
Contento y honrado voy...
(Con esta al menos estoy
seguro de incendios.)
D.ª SAL. Ven.
(*Vanse tambien por la verja.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

JACINTA.—JACOBA.

(Aparecen preparando tazas para tomor café sobre la mesa de piedra.)

JACINTA. Llegó por fin el momento,
si has de cumplir lo que ayer
ofreciste...
JACOBA. ¡Ay prima mia!
Cuánto más cerca lo ve
mi corazon, mas se aumenta
esta zozobra cruel
que me oprime.
JACINTA. ¿Y de qué nace
tu zozobra?
JACOBA. No lo sé.
JACINTA. La libertad de soltera
sientes acaso perder.
JACOBA. ¡Libertad! Para nosotras
¿la hay, Jacinta, alguna vez?
JACINTA. Es cierto que á perdurable
dependencia la mujer
nace condenada, pero,
si lo examinamos bien,
no faltan compensaciones

á esta necesaria ley
que ni tú ni yo podemos
abolir, Jacoba; y pues
en depender no está el mal
sino en el cómo y de quién,
y tan bellas circunstancias
concurren en el Marqués,
no dudes que el casto yugo
por que suspira ha de hacer
tu felicidad.

JACOBA. ¡Quién sabe!...

JACINTA. ¿Puedes dudar de su fe?

JACOBA. ¡Ah! no.

JACINTA. ¿Vacila la tuya?

JACOBA. No, Jacinta. Le amo y fiel
le amaré toda mi vida.

JACINTA. (¡Cielo!) ¿Y cómo, si así es,
con tristes presentimientos
acibaras el placer
de tan risueña esperanza?

JACOBA. Tú mi corazon no ves.
Tú, que no has amado nunca...

JACINTA. (¡Ah!)

JACOBA. No puedes comprender
sus misterios... Ni yo misma
oso penetrar en él...

JACINTA. ¡Jacoba!...

JACOBA. Porque sería,
si tal hiciera, su juez
más severo... (¡Oh Dios, qué digo!)

JACINTA. Te turbas..., tiemblas... ¿Por qué?
¿Qué pesar...

JACOBA. *(Sonriéndose.)*
Nada... Aprensiones...
No sabe una si despues...
Temo por él; no por mí.
Temo que no he de saber
colmar sus dulces ensueños
de vivir en otro Eden
conmigo. En mí, desde niña
habituada á ser el rey
el ídolo de mi casa,
hay defectos que tal vez

no acertaré á corregir...

JACINTA. Sí tal. Amor y deber
te inspirarán, no lo dudes,
y él por su propio interés
será indulgente. ¡Eh! destierra
esa pueril timidez,
y no á todos nos retardes
y á tí misma el parabien
que esperamos.

JACOBA. Sí, sí; tienes
razon. (¡Valor!)

JACINTA. Ya el postrer
plazo se ha cumplido. Lucas
viene á servir el café.
(Llega un criado con cafetera y lechera.)
¿Los llamo?

JACOBA. Sí.

JACINTA. *(Dando un paso y deteniéndose.)*
Es excusado,
que ya estan aquí los tres.

ESCENA III.

JACOBA.—JACINTA.—DOÑA SALOMÉ.—EL MARQUÉS.—CÁNDIDO.

JACINTA. *(Aparte con el Marqués.)*
Ya es de usted.

MARQ. ¡Oh cara amiga!

D.ª SAL. *(Aparte con Jacoba.)*
¿Qué tenemos? ¿Paz, ó guerra?

JACOBA. Paz.

CÁNDIDO. (¡Mujer inícua!)

JACOBA. ¿Qué hacen
ustedes que no se sientan?
(Todos se sientan en sillas rústicas, colocadas de antemano al rededor de la mesa. Lucas llena las tazas, segun las indicaciones del diálogo.)

JACINTA. (¡Dios mio, hacedle dichoso,
ya que yo nunca lo sea!)

D.ª SAL. Basta.

JACOBA. A mí, solo café.

CÁNDIDO. (¡Pues ya! Hasta en eso la echa
de impávida.)
JACINTA. Basta ya.
MARQ. Café solo.
CÁNDIDO. (¡Pues, como ella!)
A mí leche sin café.
JACOBA. ¿Ya no te gusta?
CÁNDIDO. Me afecta
los nérvios.
D.ª SAL. *(Al criado.)*
Ya puedes irte.
(Se retira el criado con la cafetera etc.)
Y ahora saca tú de penas
al Marqués, que ya es razon.
MARQ. Pendiente está mi existencia
de esos labios de coral.
D.ª SAL. Mas su sonrisa halagüeña
harto anuncia que va á ser
favorable la sentencia.
JACOBA. ¿Y si no dicto ninguna?
D.ª SAL. ¿Ya volvemos á la tema...
MARQ. ¡Jacoba!
JACOBA. No hay que inquietarse.
D.ª SAL. Pero ¿lo dices de veras?
JACOBA. Sí, porque al reo no es dado
vestir la toga severa
del juez, y yo no he de serlo
de quien con tantas finezas
mi voluntad ha rendido
y ha postrado mi soberbia.
MARQ. ¡Oh ventura!
JACOBA. Y pues desde hoy
me complazco en ser su sierva...
JACINTA. (¡Ay!)
JACOBA. El señale á su arbitrio
el dia que tanto anhelan
nuestras almas.
MARQ. ¡Dueño hermoso!
D.ª SAL. *(Besando á Jacoba.)*
¡Hija mia!... Es hechicera.
JACINTA. (¡Qué martirio!)
CÁNDIDO. (¡Oh ceguedad!)
MARQ. Pues si en mis manos lo dejas,

bien mio, el plazo mas breve
será largo á mi impaciencia.
Mañana mismo...

D.ª SAL. ¡Mañana!
Pues ¡no tiene poca priesa!

MARQ. Bien; el domingo que viene.

D.ª SAL. Tampoco. Pues ¡qué! ¿se arregla
así como así la boda
de quien no es una cualquiera,
y á un tiempo ha de recibir
en la santa madre iglesia
con el carácter de esposa
el título de Marquesa?
(Se levanta y todos hacen lo mismo.)
Yo fijaré el dia.

MARQ. ¿Cuándo?

D.ª SAL. Estamos á veinte... Sea
el dia de san Antonio.

MARQ. ¡Tan tarde! Me desespera
usted...

D.ª SAL. ¡Eh! Son tres semanas,
no más, y los dias vuelan.

MARQ. Pero...

D.ª SAL. No hay que replicarme.
Yo lo mando.

MARQ. Será fuerza
resignarme.

D.ª SAL. Y aun así,
si ha de estar todo á la vela
para entonces...

MARQ. Sí; matrículas...
compras...

D.ª SAL. Pues ¡fuera pereza!

MARQ. Ahora mismo voy á Córdoba,
si ustedes me dan licencia...

JACOBA. No siendo la ausencia larga...

MARQ. No; esta noche estoy de vuelta
en mi granja.—Ahora me ocurre...
Pues la verde primavera
á ello nos convida, y todos
estamos de enhorabuena,
hónrenme ustedes mañana
pasando el dia en mi hacienda.

JACOBA. Con mucho gusto.
D.ª SAL. Aprobado.
CÁNDIDO. ¿Cuánto dista?
MARQ. Media legua.
D.ª SAL. Con todo, madrugaremos
para aprovechar la fresca.
MARQ. A las cinco estaré aquí.
D.ª SAL. Bien.
MARQ. El gozo me enajena.
(A doña Salomé, besando su mano.)
Adios, querida mamá.
D.ª SAL. Adios. ¿Te vas por la verja?
MARQ. Sí. Ahí tengo mi cabriolé...
Adios, Jacoba.
D.ª SAL. ¿No estrechas
tambien su mano...
MARQ. No osaba...
(Tomando tambien la mano de Jacoba y besándola.)
Adios, adorada prenda.
(Vuelve el criado y se lleva las tazas etc.)

ESCENA III.

DOÑA SALOMÉ.—JACOBA.—JACINTA.—CÁNDIDO.

D.ª SAL. ¡Qué cumplido caballero!
Debes bendecir tu estrella,
Jacoba...
JACOBA. ¡Oh! sí. (¡Echada está
la suerte!)
D.ª SAL. Ea, no se pierda
el tiempo. Vamos adentro
á proyectar joyas, telas,
festines... Serás la envidia
de las damas cordobesas.

ESCENA IV.

JACINTA.—CÁNDIDO.

CÁNDIDO. Él se fué tan satisfecho
y ellas ¡con qué afan lo toman!...
¡Eh! con su pan se lo coman
y hágales muy buen provecho.
JACINTA. ¿No te pesa á tí...
CÁNDIDO. A mí no.
¿Qué me importa que se casen...
¡Asi todos lo tomasen
con la frescura que yo!
JACINTA. No te entiendo. ¿A quién aludes?
CÁNDIDO. A tí. Estas triste...
JACINTA. No tal.
CÁNDIDO. Sí. Mas para él es el mal,
que no aprecia tus virtudes.
JACINTA. ¡Cómo...
CÁNDIDO. ¡Tú le amas, Jacinta!
JACINTA. ¡Yo...
CÁNDIDO. ¡Y á Jacoba le entregas!
JACINTA. Pero...
CÁNDIDO. En vano me lo niegas.
Yo lo sé de buena tinta.
Mal de su grado, la fé
traspira que reconcentras
en el alma.
JACINTA. (¡Oh cielo!)
CÁNDIDO. Mientras
hemos tomado café,
yo he visto á tus labios rojos
reprimir mas de un gemido.
JACINTA. Te engañas...
CÁNDIDO. Yo he sorprendido
una lágrima en tus ojos;—
y aun ahora...
JACINTA. ¡Oh! basta de eso.
¿Quién te ha hecho mi fiscal?
CÁNDIDO. ¿Quién? El puro y fraternal
cariño que te profeso:

esta fe que enrojecer
no hará de pudor tu cara,
porque lo mismo te amara
aunque no fueses mujer:
esta fe que crece en mí
cuanto mas mis ojos ven,
prima, el inícuo desden
con que te tratan aquí.

JACINTA. ¡Oh! no en vano me convidas
con esa tierna amistad
consuelo de mi orfandad.

CÁNDIDO. Perdiera por tí mil vidas.

JACINTA. Mas, siendo claro su origen,
no al sentirlas como tuyas
á una quimera atribuyas
las tristezas que me afligen.

CÁNDIDO. No, Jacinta; no es quimera.
¡Cuando te lo digo yo...
Mira: el diablo me tentó
á registrar tu cartera...

JACINTA. ¡Qué has hecho!...

CÁNDIDO. *(Va á arrodillarse y Jacinta no se lo consiente.)*
Caigo á tus piés...

JACINTA. Alza.

CÁNDIDO. ¡Perdon! No sabía...
¡Qué dibujo! Es á fe mia
vera effigies del Marqués.

JACINTA. ¡Silencio...

CÁNDIDO. ¡Oh! no creas que hable...
Solo ver tu habilidad
quise...

JACINTA. La curiosidad
es un vicio detestable.

CÁNDIDO. Es verdad; mas te prometo
que, aunque inexperto escolar,
sabré, Jacinta, guardar
con cien llaves tu secreto.
Y tú, al ver tal sinrazon,
que no debiste jamás
temer...

JACINTA. Yo...

CÁNDIDO. ¿No triunfarás
de tu funesta pasion?

JACINTA. Sí, sí; un afecto naciente
pronto del pecho se lanza
cuando no hay una esperanza
que lo halague y alimente.
Ni el no tenerla es de ahora.
Pobre huérfana, ya ves,
cómo aspirar á un marqués...
CÁNDIDO ¿Tú? mejor que esa traidora...
JACINTA. ¡Cándido!... Eres rencoroso.
CÁNDIDO. ¿Por qué me sacó de quicio?
¿Por qué á un mozo de mi juicio
obligarle á hacer el oso?
A no ser un aprendiz
y á no haberme seducido,
¿hubiera yo cometido
jamás tan torpe desliz?
Precisamente es mi flaco
la sensatez, la cordura,
¡y arrastrarme á una locura
que no la hace un monicaco!—
Mas dejemos á Jacoba.
La desprecio.
JACINTA. ¡Oh, no! ¡Es tan bella...
CÁNDIDO. Me hace ya mas gracia que ella
su perro de Terranova.
Haz tú lo mismo con él.
JACINTA. ¿Por qué? ¿Qué ofensa me ha hecho?
Sabe él que reina en mi pecho
cuando lo rasga cruel?...
¡Qué digo! No, no; tranquilo
late ya mi corazon.
¿Tal prueba de abnegacion
pude dar, y ahora vacilo?...
Mira, Cándido; el Marqués
por mí se casa, ¡por mí!
CÁNDIDO. ¿Y de eso te alabas?
JACINTA. Sí.
CÁNDIDO. ¡Extraño desinterés!
JACINTA. Al contrario. Cuando influyo
en favor de mi rival,
á mi interés personal
quizá miro mas que al suyo.
Mientras él libre se viese

soñárame yo su dama,
y ahora la ardiente llama
ahogaré, mal que me pese.
Contra mi propia flaqueza
arma así mi corazon
á la santa religion...;
quizá á la naturaleza.
A vista del nudo sacro,
si bien mi deber contemplo,
ó caerá en ruinas el templo
ó faltará el simulacro;
que si inocente hasta aquí,
fuera ya delito grave
mi idolatría, y no cabe
bastarda pasion en mí.

CÁNDIDO. ¡Qué nobleza! ¡Oh cuán distinta
es tu índole dulce y blanda
de la pérfida y vitanda
que aquella aleve...

D.ª SAL. *(Dentro.)* ¡Jacinta!

JACINTA. Me llama la tia... Adios.

CANDIDO. Adios. Yo me quedo aquí.

JACINTA. Nadie sepa...

CANDIDO. Fia en mí.
Son cosas para *inter nos.*

ESCENA V.

CÁNDIDO.

(Se oscurece gradualmente el teatro.)

¡Pobre prima mia, en quién
fuiste á poner tu cariño!...
Pero el Marqués, si no mienten
mis siniestros vaticinios,
pagará con las setenas
el torpe error inaudito
de desdeñar á una santa
y adorar á un basilisco.—
Aun estarán discutiendo
en congreso femenino

el programa de la boda:
con tan plausible motivo
se suprimirá el paseo.
Vuelvo pues á mi tranquilo
pabellon, del corbatin
congojoso me emancipo
y mientras dura el crepúsculo
doy un vistazo á mis libros.
(Entra en el pabellon. Al mismo tiempo aparece por la verja un labrador trayendo un cesto de juncos cubierto con una gasa.)

ESCENA VI.

EL LABRADOR.

(Desde la verja observando.)

No hay un alma en el jardin.
(Avanzando.)
Mejor: así sin ser visto
cumpliré mi comision.
A este pabellon lo arrimo...
(Pone el cesto junto á las gradas del pabellon. Cándido abre por dentro la ventana del mismo más próxima al proscenio.)
Abriendo están la ventana...
Tras de este árbol me cobijo.
(Se oculta entre los árboles. Cándido se asoma á la ventana.)

ESCENA VII.

CÁNDIDO.—EL LABRADOR.

CÁNDIDO. (¡Que éntre la gracia de Dios!—
Pero allí un bulto distingo,
como cesto... ¿Qué será?
Yo voy á ver...)
(Se retira de la ventana.)

LABR. Ya lo ha visto
y ahora va á salir... Me largo
sin esperar el recibo.
(Váse corriendo por la verja y un instante despues sale Cándido del pabellon.)

ESCENA VIII.

CÁNDIDO.

¿Qué habrá dentro? Será fruta
que el jardinero ha cogido...
¡Ba! ¿La habia de tapar
con ese cendal tan limpio...
Pero ¿quién me impide á mí
que vea...
(Levantando la gasa.)
¡Oh Dios! ¡Un chiquillo!
¿Qué haré? Me asombro..., me aturdo...—
Dormido está el angelito.—
(Vuelve á tapar el cesto.)
¡Vaya un lance!... *¿Cujum pecus?...*
¡Y al pié de mi domicilio!
¿Me le querrán endosar?
¡A un estudiante! Capricho
sería... No, no; protesto
la libranza.—Daré gritos...
(Asoman Jacoba y Jacinta.)
¡Ah! venid, corred...

ESCENA IX.

CÁNDIDO.—JACINTA.—JACOBA.

JACOBA. ¿Qué ocurre?
CÁNDIDO. Poca cosa. Un regalillo
que nos envian.
JACOBA. ¡Tan pronto!
Mas no lo extraño. ¡Es tan fino
el Marqués...

CÁNDIDO. Si es del Marqués
el obsequio, ¡te has lucido!
JACOBA. ¡Cómo...
CÁNDIDO. Llega. En ese cesto
está el cuerpo del delito.
JACOBA. *(Levantando la gasa.)*
Descubramos.—¡Vírgen santa!
CÁNDIDO. ¿Eh? ¿Qué tal?
JACINTA. *(Acercándose.)* ¡Cielos, un niño!
¿De dónde... ¿Quién...
CÁNDIDO. ¿Qué sé yo?
Si del cielo no ha llovido,
álguien me cogió las vueltas
y le puso en este sitio.
JACOBA. ¡Oh desventura!
JACINTA. ¡Oh dolor!
CÁNDIDO. Por la verja, es claro, vino
el portador; mas sin duda
se introdujo aquí furtivo,
y no sabiendo las señas
ni el nombre del individuo,
¿quién busca... Pero es forzoso
salir de este compromiso.
Preguntaré á los criados...
JACINTA. ¿Para qué? Lo hubieran dicho
si algo supieran.
CÁNDIDO. *(Moviéndose hácia la casa.)*
La tia...
Ella tomará un partido...
JACOBA. ¡No! Detente.
JACINTA. Es irascible...
CÁNDIDO. Cierto; y sabe Dios los juicios
que formará...
JACINTA. Y si rehusa,
como temo, dar asilo
á esa víctima infeliz...
JACOBA. En efecto... No es de risco
su corazon, pero siendo
tan severos sus principios,
dudo...
JACINTA. Entra en casa y observa
mientras las dos discurrimos...
JACOBA. Iba á ponerse á escribir...

CÁNDIDO. ¡Ah! pues tiene para un siglo.—
Entro, la observo, y si viene,
tosiendo os daré el aviso.

ESCENA X.

JACINTA.—JACOBA.

JACINTA. Válgale tu influjo, prima,
tus generosos instintos...
JACOBA. Le ampararé; pero ahora...
saquémosle con sigilo
de aquí, y pronto, pronto...
JACINTA. Sí;
pero ¿en medio del camino
le hemos de dejar?
JACOBA. ¡No! (¡Cielos!)
JACINTA. Fiarnos será preciso
de algun criado... Cristóbal
acaso...
JACOBA. Sí, sí; confio
en su lealtad y prudencia.
Ve á buscarle mientras cuido...
(Echarla de aqui conviene.)
JACINTA. Quizá se halle algun indicio
dentro...
(Registra el cesto.)
JACOBA. *(Queriendo detenerla.)*
Es inútil...
JACINTA. Veamos...
¡Ah! una carta.
(La saca y vuelve á cubrir el cesto.)
JACOBA. (¡Qué martirio!)
Carta...
JACINTA. Sí.—Toma: tu nombre
se lee en el sobrescrito.
JACOBA. *(Abriendo la carta.)*
Mi nombre...
JACINTA. (La abre temblando.)
JACOBA. ¿Quién... á mí... (¡Cruel destino!)
(Lee para sí.)
JACINTA. (¡Qué sospecha!... Ella...) Tú pierdes

el color...

JACOBA. Yo... Este imprevisto
accidente...

JACINTA. ¿Quién te escribe?

JACOBA. (¡Vil mujer!... ¡Ah! ¿cómo digo
la verdad?) Es una amiga...
que se vale de mi auxilio...
(Medio acongojada.)
Yo... si...

JACINTA. ¡Jacoba! (No hay duda.)

JACOBA. Yo fallezco...

JACINTA. *(Sosteniéndola.)*
Sudor frio
baña tu frente. ¡Jacoba!...
Habla, alienta. ¿No te inspiro
confianza? ¿Para cuando
es el valor? Yo adivino
lo que en vano quieres ya
callarme. No los latidos
de tu corazon comprimas;
no ahogues el santo grito
que ya, mal tu grado, asoma
al labio descolorido.

JACOBA. ¡Jacinta!

JACINTA. ¡Habla! Tu conciencia
triunfe de un rubor tardío,
inútil...

JACOBA. ¡Oh prima mia!
(Cae á sus piés.)
¡Perdona! Yo me arrodillo
á tus piés...

JACINTA. No; alza á mi seno
(La hace levantar.)
y llora en él tu extravío...
¡Qué digo! no: ¡tu infortunio!

JACOBA. *(Llorando.)*
Dios me da el justo castigo
de mi culpa. La mujer
á quien confié mi hijo
le abandona, pretestando
que está enfermo de peligro
y la llama con urgencia
á Chipiona su marido.

JACINTA. ¡A Chipiona!...
JACOBA. Allí...
JACINTA. Verdad
será...
JACOBA. Pero ¿no ha podido
dejarle en lugar seguro
y excusarme este conflicto...
JACINTA. Tal vez le ha sido imposible.
¿Dónde estaba?
JACOBA. En un cortijo
á media legua de aquí.
JACINTA. Respetemos los designios
de la Providencia.
JACOBA. ¡Ay prima!
¿Qué dirás...
JACINTA. Todo lo olvido:
solo veo á ese inocente...
Mas no será tan inícuo
su padre...
JACOBA. ¡Ay de mí! No existe.
JACINTA. ¡Ni tú le lloras!
JACOBA. No es digno
de mis lágrimas.
JACINTA. ¡Oh cielo!
¡Y ya reina en tu albedrio
otro hombre!...
JACOBA. Me alucinó,
me burló aquel fementido;—
mas no impunemente.
JACINTA. ¿Cómo...
JACOBA. Fué muerto en un desafio.
El cielo quiso vengarme.
JACINTA. El cielo, Jacoba, quiso
mostrarte asi su terrible
justicia... ¡sí! y el camino
que te mandaba seguir...
¡Tú no le has obedecido!
JACOBA. ¡Jacinta!...
JACINTA. ¡Oh! basta. No sea
yo quien aguce el cuchillo
que te hiere.—Mas ¿qué haremos...
¡Ah! No nos queda otro arbitrio.
(Tomando el cesto.)

Este pabellon le albergue
hasta que el cielo...

JACOBA. Oigo ruido...

JACINTA. Volveré... Sal tú al encuentro
de quien sea. *(Entra en el pabellon con el cesto y vuelve luego. Jacoba se acerca á la casa.)*

ESCENA XI.

JACOBA.—CÁNDIDO.—JACINTA.

JACOBA. (¡Dios benigno,
salvadme!)

CÁNDIDO. ¡Jacoba!

JACOBA. (Es Cándido.)
¿Viene mamá?

CÁNDIDO. No.

JACOBA. (¡Respiro!)

CÁNDIDO. Pero te llama.

JACOBA. *(Acercándose al pabellon y llamando.)*
Jacinta.

CÁNDIDO. ¿Qué habeis hecho?
(Vuelve Jacinta.)
¿Qué es del niño?

JACINTA. Ahí.

CÁNDIDO. ¡Cielos!

JACOBA. Mamá me llama.

CÁNDIDO. ¿Qué hago yo...

JACINTA. *(Indicando á Cándido el pabellon.)*
Entra. Dios propicio
nos ayudará.
(A Jacoba.)
Anda tú.
Nada temas: yo vigilo...
veré á Cristóbal...
(A Cándido.)
¿Qué esperas?
(Haciéndole entrar en el pabellon.)
Vuelvo.
(Vase corriendo por la derecha del foro.)

JACOBA. *(Juntando las manos y mirando al cielo.)*
¡Dios mio! ¡Dios mio! *(Entra en la casa.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

(Principia á amanecer.)

ESCENA PRIMERA.

JACINTA.

¡No vuelve el jardinero,
y ha amanecido ya!
(Mirando por la verja, que está cerrada.)
En vano á un lado y otro
revuelvo sin cesar
mis ojos impacientes.
¡Silencio y soledad
por todas partes...

ESCENA II.

JACINTA.—CÁNDIDO.

CÁNDIDO. *(Saliendo por el balcon.)*
Prima...
JACINTA. *(Acercándose.)*
¡Ah! ¿Llora?
CÁNDIDO. No.
JACINTA. Pues ¿qué hay?

CÁNDIDO. Nada. Serena el pecho.
Con sueño celestial
durmiendo está en los brazos
de su ángel tutelar.

JACINTA. ¡Velad por él, Dios mio!

CÁNDIDO. ¡Vaya si velará!
¿No es padre de los huérfanos?
¡Pues no faltaba mas...
Tambien huérfanos somos
entrambos, y quizá
por eso nos le fia
el cielo: ¿no es verdad?

JACINTA. ¡Oh! sí, y debemos darnos
el parabien...

CÁNDIDO. Sí tal.
Yo celebro... ¡Ay Jacinta!
Triste es en tierna edad
robarnos para siempre
la losa sepulcral
el amor de una madre,
don de los cielos...

JACINTA. ¡Ay!

CÁNDIDO. ¡Amor que otro ninguno
podrá suplir jamás!
Mas si esto es doloroso,
¡Cuánto mas lo será
gemir, teniendo madre,
en mísera orfandad!...
¡Oh! al menos á las nuestras
nos es dado invocar
con orgullo y al cielo
nuestros votos irán;
mas cuando de la suya
comprenda la crueldad
ese infeliz, nacido
en hora tan fatal,
solo por maldecirla
quisiérala nombrar.

JACINTA. ¡Oh! no tan sin entrañas
cual juzgas tú será
la que á despecho suyo
le aparta de su hogar.
Tal vez tiranas leyes

la humana sociedad
impone á cuyo imperio
cede la natural...

CÁNDIDO. Sí; á lo que llaman honra,
y es solo vanidad,
los fueros de la sangre
quieren sacrificar.
Al cometer la culpa
se olvida el qué dirán,
¡y con otra mas grave
luego se ha de soldar
por respeto á esa falsa
conveniencia social!...
¿Y esto es ley? ¿Es justicia?
No; ¡infamia, iniquidad!

JACINTA. Cándido, te honra mucho
tan rígida moral;
mas no á juzgar ahora
la flaca humanidad
nos llama Dios.

CÁNDIDO. Es cierto;
ni compete á un rapaz,
que es bachiller apénas,
tanto filosofar;
mas cuando uno trasnocha
la cabeza se va...
Á propósito; aun puedes
un rato descansar.
Vete; yo estaré alerta...

JACINTA. ¿Cómo cuando aun está
pendiente nuestro hermoso
pupilo de un azar...

CÁNDIDO. ¡Oh virtud! ¡Oh modelo
de ardiente caridad!
¡Toda una noche en vela
y de aquí para allá...
Ya acallabas su lloro
con amor sin igual;
ya para alimentarle,
buscando con afan
cuanto halagar pudiese
al blando paladar,
suplías ingeniosa

el jugo maternal.
¡ Y por él comprometes
salud, tranquilidad,
hasta el honor acaso...
¿Qué madre haría mas?

JACINTA. Y á no tener el pecho
de duro pedernal,
dí, ¿qué ménos haria,
estando en mi lugar,
quien como yo supiera
lo que es la adversidad?
No llames heroismo
á este celo eficaz
que á entrambos nos infunde
la cristiana piedad.

CÁNDIDO. ¿A entrambos? A tí sola.
Yo, aturdido escolar,
de tanto sacrificio
me juzgara incapaz.
Hubiera dicho al párroco,
hay esta novedad,
y abur. Mas tú me inspiras,
y primo servicial,
soy tu eco, soy tu sombra...,
¿qué sé yo?..., tu edecan.

JACINTA. Obremos como buenos
y Dios nos premiará.
Y á tan leve fatiga
¿no es ya premio y solaz
ver á ese tierno infante
con risa angelical
dar gozo á nuestras almas
y á nuestro rostro paz?
¡Oh cual sus manecitas
con ternura sin par
me acariciaban! ¡Cómo
en su donosa faz
y en la gracia inocente
de aquel suave mirar
nos mostraba un destello
de la divinidad!
¡Sí; yo en su pura frente,
Santo Dios de Abraam,

de tu increado espíritu
he visto la señal;
tú el mio flaco y débil
alientas; tú me das
para alivio á mis penas
y ofrenda de tu altar
el llanto en que bañados
mis párpados están!

CÁNDIDO. ¡Pues! Tambien de los mios
lo siento yo brotar.
¡Si digo... Alguien se acerca...

JACOBA. *(Saliendo de la casa.)*
Soy yo: nada temais.

ESCENA III.

JACINTA.—CÁNDIDO.—JACOBA.

JACINTA. ¿Tu madre...

JACOBA. Duerme.

JACINTA. No obstante,
conviene que alguno vaya
á observar...

JACOBA. ¡Cándido...

CÁNDIDO. Entiendo.
Pues la luz de la mañana
entra ya por todas partes,
me situaré en la antesala
de arriba...

JACOBA. Sí.

CÁNDIDO. Y con pretexto
de estudiar aquellos mapas...
Mi fuerte es la geografia...

JACOBA. Bien...

CÁNDIDO. Atisbaré...

JACINTA. Sí; anda.

ESCENA IV.

JACINTA.—JACOBA.

JACOBA. ¿El niño...
JACINTA. En el pabellon.
JACOBA. ¡Todavia!
JACINTA. Antes que salga,
es fuerza buscar, Jacoba,
persona de confianza
que le albergue, que le crie...
JACOBA. Sin duda; pero...
JACINTA. Y no se halla
tan fácilmente y de noche...
JACOBA. El oro todo lo allana.
JACINTA. ¡No siempre!
JACOBA. ¿Cuándo salió
Cristóbal?
JACINTA. Tres horas largas
hace ya.
JACOBA. ¡Oh Dios!, y no vuelve...
JACINTA. Ya me inquieta su tardanza;
pero no desesperemos...
JACOBA. Yo tiemblo... Él no sabe nada...,
ni Cándido...
JACINTA. ¡Qué! ¿no fias
de mí?
JACOBA. Sí, sí; pero en áscuas
estoy... Si llora...
JACINTA. No temas:
está en la postrer estancia
del pabellon.
JACOBA. Te habrá dado
mala noche...
JACINTA. No; muy grata.
Fácil me ha sido acallarle,
nutrirle...
JACOBA. ¡Prenda adorada!—
¡Cuánto ha sido mi tormento
en no partir, como ansiaba
el corazon, tus afanes,

tus desvelos... Mas mi cama
y la de mamá tan juntas...

JACINTA. Por dicha está mas cercana
al jardin mi habitacion
y pude sin ser notada...
Mas no perdamos un tiempo
precioso. Cristóbal tarda
quizá por disposicion
de Dios, que ofrece á tus ansias
un instante de consuelo.
Entra...

JACOBA. Mas si por desgracia
me viesen... Quedó el Marqués
en venir de madrugada...

JACINTA. A las cinco. Aun tienes tiempo
de sobra... Sube: ¿qué aguardas?

JACOBA. Sí; harto he reprimido ya
el impulso que me arrastra
á estrecharle entre mis brazos,
á besarle...

JACINTA. No; sus gracias
contempla en silencio.

JACOBA. *(Subiendo las gradas.)* ¡Oh pena!...
Dices bien; si despertara...
¡Por Dios, cuida...

JACINTA. Entra sin miedo.

ESCENA V.

JACINTA.

(Con la vista fija en el pabellon.)

¿Hay mujer mas desgraciada?
¡Madre, y no tiene valor
para serlo! ¡Esta es la brava
amazona varonil...
¡Miseria, miseria humana!
(El Jardinero, que ha aparecido por la parte exterior de la verja, la abre con llave que trae, y dejándola abierta entra en el jardin. Un momento despues sale de la casa Cándido.)

ESCENA VI.

JACINTA.—CÁNDIDO.

JACINTA. ¿Qué ruido... ¡Oh! vuelve Cristóbal.
(Saliéndole al encuentro.)
¿Qué nuevas...
CÁNDIDO. ¡Jacinta!
JACINTA. *(Al Jardinero con inquietud y bajando la voz.)*
¡Ah! Calla.
(Señalando á lo interior de los bastidores de la derecha entre la verja y la casa, y en la misma direccion se retira el jardinero.)
Espérame allí.
CÁNDIDO. La tia
está ya despierta y llama
á Jacoba.
JACINTA. *(Mostrando el pabellon.)*
Allí está. Corre.
CÁNDIDO. No es menester: ella baja.

ESCENA VII.

JACINTA.—CÁNDIDO.—JACOBA.

JACOBA. ¿Despertó?
CÁNDIDO. Sí. Te ha llamado.
JACOBA. ¡Ah! Vuelo...
JACINTA. *(Acompañándola hasta la puerta.)*
Enjuga esas lágrimas.
JACOBA. ¡Voy sin mí!
JACINTA. ¡Serenidad!

ESCENA VIII.

JACINTA.—CÁNDIDO.

JACINTA. Tú quédate aquí de guardia
mientras hablo con Cristóbal...
CÁNDIDO. Sí; ya vino... ¿Hay esperanza...
JACINTA. Aun no sé... Vuelvo al instante.
(Váse por donde se fué Cristóbal.)

ESCENA IX.

CÁNDIDO.

Tengo... como telarañas
en los ojos...
(Bostezando.)
Ah... ¡Qué noche!—
Pues, en efecto, lloraba.
Ya veo que no es tan fiera
Jacoba y tan casquivana
como yo lo imaginé.
Pero ¿á qué tigre de Hircania
no enterneciera una mísera
criatura abandonada,
tan linda... Y debe de ser
de distinguida prosápia,
que la ropa... Pero ¿cómo
saldremos de esta maraña?
Chasco será que despues
de una noche toledana...

ESCENA X.

CÁNDIDO.—JACINTA.

CÁNDIDO. ¿Qué ha dicho?
JACINTA. Dios nos protege.
Ya hay nodriza que se encarga
del niño.
CÁNDIDO. ¿Segura...
JACINTA. Sí;
pero empresa temeraria
sería el sacarle ahora.
CÁNDIDO. Sí.
JACINTA. Por dicha nos depara
el cielo ocasion propicia
con la gira proyectada.
CÁNDIDO. Entiendo. Se van los amos;
los criados, cosa es clara,

se ocupan en sus faenas
ó se tienden á la larga,
y para el piadoso fraude
Cristóbal queda á sus anchas.

JACINTA. En breve van á cesar
nuestras angustias.

CÁNDIDO. Dios lo haga.

JACINTA. Yo voy adentro. Es forzoso...

CÁNDIDO. Sí; puedes caer en falta....
(Se sienta en el banco de la izquierda.)

JACINTA. ¿Apagaste ya la luz
de tu dormitorio?

CÁNDIDO. *(Soñoliento.)* ¡Eh! que arda
por las ánimas benditas.

JACINTA. No; mejor es apagarla,
que es ya de dia, y si observan...

CÁNDIDO. *(Bostezando.)*
¡Quiá!... Lejos... y con pantalla...
y todo cerrado...
(Dá cabezadas.)

JACINTA. Sí;
pero cerca de la cama...
(Cándido se duerme.)
Si por desgracia se prende
la colgadura...

D.ª SAL. *(Dentro.)* ¡Muchacha!
¡Jacinta!

JACINTA. ¡Ah!
(Alzando la voz.)
¡Voy!
(Mirando á Cándido.)
¡Se ha dormido!
(Tocándole en el hombro.)
¡Cándido!

CÁNDIDO. *(Despertando.)* ¿Quién... ¡Ah!

JACINTA. ¡Levanta!

CÁNDIDO. *(Levantándose y esperezándose.)*
¿Qué hay?

JACINTA. Me llaman... Cuida...

CÁNDIDO. Bien.
Yo quedo aquí de atalaya.

ESCENA XI.

CÁNDIDO.

(Bostezando.)

Ah... ¡Tengo una flojedad...
Y ahora, con gana ó sin gana,
dia de campo y de broma
y de... Pues ¡buena está mi alma
para andar de Ceca en Meca
saltando setos y zanjas...
No; apenas llegue, me tumbo
á la sombra de una parra,
y hasta la hora de comer
ni garruchas me levantan.

ESCENA XII.

CÁNDIDO.—EL MARQUÉS.

MARQ. *(Al entrar.)*
(¡Hola, ya abrieron la verja.)
CÁNDIDO. (Aun de pié, con su beleño
me está atosigando el sueño...
y temo que me sumerja...)
MARQ. (El colegial está allí.)
(Acercándose.)
¡Oh amigo mio!
CÁNDIDO. *(Sorprendido.)* ¿Quién es...
Felices, señor marqués.
MARQ. Mucho madrugamos.
CÁNDIDO. Sí.
MARQ. ¡Bien!
CÁNDIDO. (Miento, que no madruga
quien no se acuesta.)
(Bosteza.)
MARQ. ¿Hay galbana?
CÁNDIDO. ¡Pche!... Un poco.
MARQ. Está la mañana
fresca como una lechuga.

CÁNDIDO. Cierto.
MARQ. ¿Se vistió Jacoba?
CÁNDIDO. No sé. Como yo me encierro
ahí dentro y hay un destierro
de mi tugurio á su alcoba...
(Mirando hácia la casa, y lo mismo hará el Marqués.)
Mas ya asoma por allí.
MARQ. Bella como el rosicler...
CÁNDIDO. (¡Ba! Más guapa estaba ayer.)

ESCENA XIII.

CÁNDIDO.—EL MARQUÉS.—JACOBA.

MARQ. *(Saliendo al encuentro de Jacoba.)*
¡Mi bien!
JACOBA. (¡Gran Dios, ya está aquí!)
¡Tan presto!
MARQ. ¿Me culpas?
JACOBA. No.
MARQ. Mal en solitario lecho
duerme enamorado pecho.
CÁNDIDO. (Uno sobra aquí, y soy yo.)
MARQ. En la verde primavera
siempre es apacible el aura
matutina que restaura
á la creacion entera.
Unas con gratos olores,
otras con dulce armonía,
la saludan á porfia
ya las aves, ya las flores;
y si ufana cual lo pinto
canta en la fresca alborada
una ave solo guiada
por irracional instinto,
¿será mucho que impaciente
llame á la rosada aurora
quien en tus ojos la adora
y la bendice en tu frente?
JACOBA. ¡Marqués!...
(Siguen hablando en voz baja.)

CÁNDIDO. (Estan en sus glorias,
y yo... Me largo de aquí,
que bien se dirán sin mí
boberías amatorias.)
(Se interna en el jardin, por la izquierda paseando.)

ESCENA XIV.

JACOBA.—EL MARQUÉS.

MARQ. ¿Cómo estás tan triste?
JACOBA. (¡Oh cielo!)
No...
MARQ. Y pálida... ¿No has dormido?
JACOBA. Poco.
MARQ. ¡Feliz yo si he sido
la causa de tu desvelo!
JACOBA. Tal vez. (¡Dios mio, perdon!)
MARQ. Permite que mi ternura...
(Toma la mano á Jacoba y se la besa.)
JACOBA. ¡No!... Aparte usted... (¡Oh tortura!
¡Oh cobarde corazon!)

ESCENA XV.

JACOBA.—EL MARQUÉS.—DOÑA SALOMÉ.

D.ª SAL. *(A la puerta.)*
¡Niña!
JACOBA. *(Separándose.)*
¡Mamá!
D.ª SAL. ¡Hola, hola!
¡Los dos aquí!
JACOBA. No sabía...
D.ª SAL. ¿No?—Pero la culpa es mia,
que te dejo venir sola.
MARQ. He llegado hace un instante.
D.ª SAL. Y antes que el sol. No me espanto.
No hay liebre que corra tanto

como el reloj de un amante.
MARQ. Es segun...
D.ª SAL. Pues; vence al viento
si cita de amor le llama,
pero al lado de su dama
cada hora es un momento.
MARQ. Yo...
D.ª SAL. Basta: soy indulgente.—
Ahora bien, aunque es tan corta
la jornada, hacerla importa
antes que el sol nos caliente.—
Tomaremos chocolate...
JACOBA. Sí; vamos al comedor...
D.ª SAL. No, no; en este velador.
JACOBA. (¡Oh Dios!...) Pero...
D.ª SAL. ¡Disparate!
JACOBA. ¡Si todo está allí dispuesto...
D.ª SAL. ¿Y qué? ¿Es obra de romanos,
cuando en casa sobran manos...
(Llamando.)
¡Jacinta! Verás qué presto...
JACOBA. Está bien. (¡Fortuna impía!)

ESCENA XVI.

DOÑA SALOMÉ.—JACOBA.—EL MARQUÉS.—JACINTA.

(Sale humo por lo alto del pabellon en el ángulo mas próximo al proscenio y por entre las persianas de la ventana á que se asomó Cándido en el acto segundo.)

JACINTA. ¿Llamaba usted?
D.ª SAL. Ven acá...
¿Y el colegial? ¿Estará
en la cama todavía?
MARQ. Aquí le vimos los dos.
Se internó por la arboleda...
D.ª SAL. *(A Jacoba.)*
Dale una voz...
MARQ. ¡Qué humareda!
JACOBA. ¡Ah!
D.ª SAL. ¿Dónde?

MARQ. Allí...

JACINTA. ¡Santo Dios!

(El humo se condensa y salen llamas por lo alto.)

MARQ. ¡El pabellon está ardiendo!

JACOBA. ¡Yo muero!

(Se desmaya y la sostiene en sus brazos el Marqués.)

JACINTA. *(Dirigiéndose al pabellon apresurada.)*
¡A salvarle corro!

MARQ. ¡Jacoba!

D.ª SAL. ¡Fuego! ¡Socorro!

JACINTA. *(Entrando resuelta en el pabellon, cuya puerta estaba entornada.)*
¡Vírgen, á vos me encomiendo!
(Al caer el telon llegan corriendo Cándido y el Jardinero; aquel por la izquierda, este por la derecha, y dos ó tres criados que salen de la casa.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

En este acto y en el quinto la decoracion es una sala de la misma quinta de doña Salomé. Puerta en el foro: dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA SALOMÉ.—EL MARQUÉS.

(Doña Salomé sale por la puerta de la derecha: el Marqués llega por el foro.)

MARQ. ¿Cómo está Jacoba?
D.ª SAL. Bien.—
¿El fuego...
MARQ. Se apagó pronto.
Todos hemos ayudado...
D.ª SAL. Grande habrá sido el destrozo.
MARQ. Bastante. El lienzo del Norte
es ya ceniza y escombros.
D.ª SAL. ¡Qué lástima!... Pero, en fin,
eso importaria poco
si otro conflicto mas grave...
¿Salió de casa el expósito?
MARQ. Sí, señora.
D.ª SAL. Por supuesto,
se le habrá enviado al torno
de la ciudad...

MARQ. No, señora.
D.ª SAL. Yo lo mandé...
MARQ. Yo le acojo,
yo le amparo.
D.ª SAL. ¡Usted!
MARQ. Sí; yo.
Ya he provisto á su socorro.
Está en mi hacienda.
D.ª SAL. ¡Qué escucho!
MARQ. Si usted le niega su apoyo,
por razones que respeto,
rico, independiente y solo,
indigno sería yo
del nombre con que me honro
si le cerrase mi puerta.
Su inocencia, su abandono,
su orfandad, el trance horrible
en que le hemos visto, todo
aboga por él y le hace
interesante á mis ojos.
D.ª SAL. Y á los mios; mas no debo
dar al vulgo malicioso
pretextos...
MARQ. Ya... Mas... Jacoba...
D.ª SAL. Con auxilio de aquel pomo
volvió en sí...
MARQ. Ya sé...
D.ª SAL. La hicimos
llevar á su dormitorio;
pero apenas recobrada
del desmayo, cayó en otro...
MARQ. ¡Oh Dios!
D.ª SAL. Por fin, desahogando
con lágrimas y sollozos
su oprimido corazon,
volvió el color á su rostro,
cesaron las convulsiones,
y ahora en plácido reposo
duerme.
MARQ. Eso me tranquiliza.
D.ª SAL. Ya se ve; el fuego, el trastorno,
el sobresalto... Y la otra...
¡Penetrar con tan notorio

peligro en el pabellon,
y salir—¿no es un asombro?—
sin lesion y tan ufana
como quien halla un tesoro
con el niño entre sus brazos!...

MARQ. Maravillado y absorto
me quedé al ver tal ejemplo
de piedad y tan heróico
valor. La tímida jóven
que ayer, cual de horrible mónstruo,
huyó espantada á la vista
de ruin sabandija; ¿cómo
para tan sublime accion
halló fuerzas en el fondo
de su corazon? ¡Oh sexo
tan sensible, tan hermoso
y tan mal juzgado! No,
no es único patrimonio
del hombre la fortaleza,
el ánimo generoso,
la abnegacion. ¡Cuántos rasgos
dignos de perpétuo encomio,
bien que laureados no sean
en el campo ni en el foro,
os inspira esa inexhausta
ternura en que tanto os somos
inferiores! Si hay villanos
que os injurien, yo pregono
vuestras virtudes.¿ Qué estímulo
te movió, Jacinta? Solo
tu amor á la humanidad.
Ni premio pides, ni elogio
siquiera á tal sacrificio,
que hasta ignorado del globo
tal vez será... ¿Qué te importa?
Radiante de puro gozo
al cielo se lo ofreciste,
y mas justo que nosotros,
Dios te dará el galardon
en las gradas de su sólio.

D.ª SAL. Marqués, en nombre del sexo
femenino, de que formo
parte integrante, mil gracias

doy á usted por tan pomposo
panegírico. No obstante,
sospecho que en el arrojo
de Jacinta hay menos mérito
del que usted presume.

MARQ. ¡Qué oigo!

D.ª SAL. ¿Cómo es creible, Marqués,
que con génio tan medroso
arriesgára así la vida
solo por amor al prójimo,
como usted pretende? No;
más fuerte, más poderoso
instinto hizo ese milagro.

MARQ. ¿Cree usted...

D.ª SAL. Sí; con sonrojo
lo digo; solo una madre
puede, arrostrando el oprobio
y la muerte, dar al mundo
tan insigne testimonio
de entrañable amor.

MARQ. ¡Oh! no;
¡imposible! Yo conozco
á Jacinta. En su alma bella
ni el torpe vicio ni el dolo
tienen lugar. ¿Quién la trata,
huésped, amigo ó colono,
que no respete y admire
su modestia, su decoro,
su talento...

D.ª SAL. Yo... el talento
no se lo niego, y tampoco
podré jurar que en mi casa
la haya tentado el demonio;
mas solo hace cuatro meses
que vino, y yo no respondo
de su conducta pasada.

MARQ. ¡Por Dios, mire usted que un soplo
basta á empañar el honor
de una mujer!

D.ª SAL. No supongo
ningun absurdo. Jacinta,
sea ajeno, sea propio,
velaba por aquel niño...

MARQ. Cierto.
D.ª SAL. Ahora bien, de qué modo
vino á casa y quién le trajo,
hasta ahora yo lo ignoro.
¿Cómo es para mí un secreto
lo que, segun veo y toco,
no lo ha sido para ella?
Esto es ya muy sospechoso;
y si á esto se agrega el hecho
que á todos nos tiene atónitos,
¿se dirá que es infundado
mi juicio? No tengo encono
contra esa desventurada;
mas si callo, ¿no me expongo
á que alguna lengua infame;—
de pensarlo me acongojo;—
ose mancillar el nombre
de la hija á quien adoro?
MARQ. (¡Oh! Su terror... Su desmayo...
¡Qué digo! No. Me abochorno
de tan villana sospecha.)
Tiene usted razon. Á todos
nos interesa saber
la verdad; pero el negocio
es muy árduo... y caminar
debemos con piés de plomo...
¡Sagacidad y prudencia!
que, si Dios oye mis votos,
sin desdoro de una ni otra
se descifrará...
(Mirando por el foro.)
Á propósito
viene Cándido. Con maña
le haré un interrogatorio.

ESCENA II.

DOÑA SALOMÉ.—EL MARQUÉS.—CÁNDIDO.

CÁNDIDO. ¡Tia... ¿Estorbo?
MARQ. Nada de eso.
D.ª SAL. De tí hablábamos.

CÁNDIDO. Señora...
(Pongo algo bueno á que ahora
me fulminan un proceso.)
MARQ. Deploramos, como es justo...
CÁNDIDO. No es para echarlo en olvido.
Del cuerpo no me ha salido
á mí todavia el susto.
Y en mi alcoba—¡suerte impía!—
prendió el fuego; bien se ve.
Mas mia la culpa fué,
que no apagué la bujía.
¡Y adios mis libros de testo,
mis apuntes... Como estopa
han ardido. ¡Y adios ropa!
Me he quedado con lo puesto.
D.ª SAL. ¡Eh! no te apures...
CÁNDIDO. Lo cito
como un hecho solamente.
¡Dios salvó al niño inocente!
Lo demas no vale un pito.
Y ardiera toda la quinta
si no acude el jardinero,
(Al Marqués.)
y usted, y yo, y todos... Pero
¡qué valor el de Jacinta!
MARQ. Muy laudable ha sido.
CÁNDIDO. ¡Oh, sí;
sublime!
D.ª SAL. Mas ¿por qué estrella
feliz supo...
CÁNDIDO. (¡Ahora es ella!)
D.ª SAL. Que el niño dormia allí?
CÁNDIDO. Porque se lo dije yo.
MARQ. Claro es: estando pared
por medio, ¿podia usted
ignorar...
CÁNDIDO. Claro es que no.
MARQ. Y si tambien, por ventura,
sabe usted...
CÁNDIDO. (¡Qué residencia!)
MARQ. Algo de la procedencia...
CÁNDIDO. ¿De quién?
MARQ. De la criatura...

CÁNDIDO. Eso es para mí un misterio.
D.ª SAL. No lo ocultes si lo sabes.
Las circunstancias son graves...
MARQ. En efecto; el caso es serio...
D.ª SAL. Y como el mio tu honor
en él está interesado;
con que escrúpulos á un lado...
MARQ. Yo disculpo su temor...
CÁNDIDO. Temor ¿de qué?
MARQ. La bondad
de su alma...
CÁNDIDO. ¡Eh! tantos proemios...
Yo no necesito apremios
para decir la verdad.
Cerca ya de la oracion,
algun mensajero oculto
hubo de dejar el bulto
al pié de mi pabellon.
Era una canasta... Al punto
bajo al jardin, la destapo,
y al ver un niño tan guapo
me quedo como difunto.
MARQ. ¿Y el portador...
CÁNDIDO. Pensé en él,
mas dije: ¡ya, échale un galgo!
D.ª SAL. ¿Viste si dentro habia algo...
CÁNDIDO. El niño.
D.ª SAL. ¡No! Algun papel...
CÁNDIDO. No sé... Solo en contemplar
el huerfanito me ocupo...
D.ª SAL. Y Jacinta ¿cuándo supo...
CÁNDIDO. Al instante.
D.ª SAL. ¡Es singular!
Movido de ardiente celo
corriste en su busca...
CÁNDIDO. No.
Alli se me apareció...
D.ª SAL. Como llovida del cielo.—
¡Ba! Ya sabria, y á fondo...
CÁNDIDO. Nada.
D.ª SAL. Así te lo diría
tal vez, pero...
CÁNDIDO. Y no mentia:

con mi cabeza respondo.
MARQ. ¿Y de concierto los dos...
CÁNDIDO. No; los tres. Éramos tres...
sin el niño.
D.ª SAL. Pues ¿quién es
el otro...
CÁNDIDO. Jacoba.
MARQ. (¡Oh Dios!)
D.ª SAL. ¡Jacoba!
MARQ. ¿Llegaron juntas?
CÁNDIDO. Juntas. Dios las envió...
D.ª SAL. ¡Y no llamarme!...
MARQ. ¿Ellas...
CÁNDIDO. ¡Oh
qué tempestad de preguntas!
Ambas con igual dolor
lloraban la desventura
de la tierna criatura...
y yo tambien; sí, señor.
Era forzoso, era urgente
al huérfano dar auxilio,
y asi el piadoso concilio
lo acordó unánimemente.
Pero la noche cerraba...
(A doña Salomé.)
Temimos la condicion
de usted... Aquel pabellon
aislado nos convidaba...
D.ª SAL. ¡Mi condicion! La conciencia
mal de su grado arguyó
á quien me temia.
CÁNDIDO. ¡Ah, no!
Dios sabe nuestra inocencia.—
Y á fé que harto fundamento
á nuestro temor habia.
D.ª SAL. ¡Cómo!...
CÁNDIDO. Usted me fuerza, tia,
á decirle lo que siento.
Es usted arrebatada...
D.ª SAL. ¿Eh?
CÁNDIDO. Y si con motivo ó no
contra el niño ellas y yo
tenimos una alcaldada,

probarlo no es menester
en vista de lo que pasa.
Quien hoy le ha echado de casa
¿no le hubiera echado ayer?

D.ª SAL. ¡Insolente!...

CÁNDIDO. Yo me ciño
á la...

D.ª SAL. ¡Calle!

CÁNDIDO. Pero, tia...

MARQ. ¡Cálmese usted!

D.ª SAL. ¡Todavía
querrá que prohije al niño!

CÁNDIDO. ¿Y es razon que usted declame
contra mí porque defiendo...

MARQ. Bien dice...

D.ª SAL. ¡Oh! ¿No está usted viendo
que esta es una intriga infame?

CÁNDIDO. ¿Qué se entiende... (Aquí habrá un cisma.)

MARQ. ¡Prudencia! Usted se acalora.
Con decir eso, señora,
culpa usted á su hija misma.

D.ª SAL. ¡A mi hija! ¡Jamás!... Y aun dudo
si en desdoro de su fama
la complican en la trama
para que sea su escudo.

CÁNDIDO. Ella, si no es fementida,
dirá...

D.ª SAL. Mas supongo yo
que algo supo y lo calló
por piedad mal entendida;
¿quién esta noche ha velado
por el sospechoso infante?
Ella no, que un solo instante
no se apartó de mi lado.

CÁNDIDO. Yo de ese crímen la excluyo
que tanto á mi tia asusta.
Ella no veló. Me gusta
dar á cada cuál lo suyo.
A otros debe su existencia
el niño: á mí en algun modo...;
á Jacinta sobre todo,
que ha sido su providencia.

D.ª SAL. ¿Le quiere usted mas convicto

de su culpa manifiesta?—
Ya solo un medio te resta
para salir del conflicto.

CÁNDIDO. ¿Cuál?

D.ª SAL. Declarar que en mal hora,
más que culpable infeliz,
fué víctima de un desliz...

CÁNDIDO. ¿Quién?

D.ª SAL. Mi sobrina.

CÁNDIDO. ¡Señora!
No hay...; iba á decir estrella,
pero es débil paralelo:
no hay un ángel en el cielo
que sea mas puro que ella.

D.ª SAL. Si eres tú tan indulgente...

CÁNDIDO. No; honrado, justo y sincero.

MARQ. *(Dando á Cándido la mano.)*
¡Bien! Asi habla un caballero.
(A doña Salomé.)
Con esa fe no se miente.

D.ª SAL. En buen hora; mas colijo
de esa misma ardiente fe
con que la defiende...

CÁNDIDO. ¿Qué?

D.ª SAL. Que puede ser tuyo el hijo.

CÁNDIDO. ¡Mio! Por la Virgen madre
no desbarre usted...

D.ª SAL. ¡Oh! pues...

CÁNDIDO. ¡Padre yo !—Señor Marqués,
¿tengo yo cara de padre?
Tan respetable dictado
halagaría á algun necio;
pero no á mí que me precio
de mozo morigerado.
Las letras son mis placeres,
temo á Dios, miro por mí,
y hasta que he venido aquí
no he tratado con mujeres.
¿Padre yo? ¡Qué sacrilegio!
¿Y quién la madre sería?
¿La señora Estefanía,
labandera del colegio,
sesentona, mazorral

y fea como un vestiglo?...
No se ha oido en este siglo
un despropósito igual.

MARQ. Señora, no la pasion,
que es muy mala consejera,
conviene que se prefiera
á la luz de la razon.
¿Por qué en tierna juventud
suponer tanta falacia?
¿Por qué negar la eficacia
de la cristiana virtud?
Si parecido á otros varios
se explica naturalmente,
¿á que sobre ese accidente
hacer juicios temerarios?
Accion mas noble sería
al expósito acoger
sin tanto afan de saber
cuál es su genealogía;
mas, puesto que usted discrepa
de mi opinion...

D.ª SAL. Así es.

MARQ. ¿Quién tendrá mas interés
en que la verdad se sepa?
Los mismos que son objeto
de sospecha tan indigna.

CÁNDIDO. Sí, señor; no es mi consigna
comerme ningun secreto.
Mi relato ha sido fiel,
y á Jacinta no abochorna
la accion que su frente adorna
de inmarcesible laurel.
Ahora yo seré el primero
que trabaje sin dar punto
(Señalándose á sí mismo.)
hasta que al padre presunto
sustituya el verdadero.

D.ª SAL. Norabuena.

CÁNDIDO. Y ya propicio
Dios me ha mostrado la senda
que tal vez... Traigo una prenda
que puede darnos indicio...

D.ª SAL. ¡Ah! ¿Por qué sin dilacion

no decírmelo...

CÁNDIDO. ¿Por qué?
Por estorbármelo usté
con tanta interpelacion.

D.ª SAL. Bien; ¿qué traes?

CÁNDIDO. *(Sacando un medallon.)*
Esta joya
que sin duda el niño bello
llevaba pendiente al cuello
cuando el pabellon fue Troya,
y...

D.ª SAL. *(Tomando el medallon.)*
¿Á ver? Es un medallon...

CÁNDIDO. Con la imágen sacrosanta
de la que holló con su planta
la cabeza del dragon.

D.ª SAL. Y aquí una cifra se ve.

MARQ. *(Mirando la joya.)*
Sí.

CÁNDIDO. No he reparado en eso.
Tiene uno perdido el seso...

D.ª SAL. Una J y una C.

MARQ. En efecto, bien se nota...

CÁNDIDO. *(Volviendo á tomar el medallon.)*
Veamos el monograma.—
Sí; en Castilla ésta se llama
C, y esta sin duda es J.
Pero con dos iniciales
¿qué hacemos?

D.ª SAL. Mucho.

CÁNDIDO. No entiendo...

D.ª SAL. ¿No? Á gritos están diciendo
quiénes son los criminales.

CÁNDIDO. Dígalo usted sin reparo,
pues ve lo que nadie ve.

D.ª SAL. Cándido dice la C;
Jacinta la J: es claro.

CÁNDIDO. ¡Miren por donde el demonio
puso esas letras delante
para que usted nos levante
otro falso testimonio!
¿Qué lince, ó que zahorí
de ese modo acierta ¡Oh Dios!

dos nombres cuando en el *Flos*
Sanctorum los hay... así?
(Junta y mueve los dedos.)

MARQ. La coincidencia es rara,
en verdad, mas ¿quién se atreve...

D.ª SAL. Yo. Pues ¿no ve usted que llueve
sobre mojado?

CÁNDIDO. ¡Hum! ¡Me ahorcara!
Por la Vírgen de la O,
sea usted justa, si puede.
El que es culpado ¿procede
con la franqueza que yo?
¿Cómo yo acaso en gamella?
¿Tan idiota soy, que á usted
diera yo mismo la red
para quedar preso en ella?
¿Por qué aplicar esta C
á mi nombre de bautismo?
¿No puede decir lo mismo
Cárlos, Cosme ó Cleofé?
¿Por qué, aunque clara y distinta
grabó esta J el buril,
pudiendo cuadrar á mil,
se ha de achacar á Jacinta,
y no á un... don Juan Casanova,
que ocupe la cifra entera,
ó á una Joaquina..., Javiera...,
Julia... ¿Qué sé yo?... Jacoba...

MARQ. (¡Cielos!)

D.ª SAL. ¿Osará tu lengua...

CÁNDIDO. No osa nada. Así, en tumulto,
he dicho nombres á bulto
y en ninguno pongo mengua;
mas sin malas intenciones,
y aun sin ser ese mi intento,
pruebo que hay que irse con tiento
en las interpretaciones.

D.ª SAL. Bien; yo sé lo que he de hacer.
Dame la joya...

CÁNDIDO. Eso no.
Si el acusado soy yo,
mejor está en mi poder.

D.ª SAL. ¿Ese respeto me guardas?

CÁNDIDO. Aunque negarlo pudiera
á quien mi nombre vulnera
con sospechas tan bastardas,
venerar sabré á mi tia,
por mas que airada me ofenda;
y aun le daria esta prenda,
única defensa mia,
si solo á mí me injuriara;
mas guardarla he menester
por la honra de una mujer
que solo de mí se ampara.
¡Oh! y con la ayuda de Dios
lograré, pese á quien pese,
que el mundo entero confiese
que es de virtudes modelo.
Si es preciso, correré
por ella plazas y calles,
y rios, montes y valles,
desnudo, hambriento y á pié;
y aunque de escolar imberbe
poco el apoyo le valga,
mostraré que es sangre hidalga
la que en este pecho hierve.
(Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

DOÑA SALOMÉ.—EL MARQUÉS.

D.ª SAL. ¡Espera...
MARQ. ¡Oh! déjele usted...
D.ª SAL. ¡Atrevérseme un muñeco...
MARQ. ¡Por Dios, señora... Con gritos
y amenazas y denuestos
no adelantarémos nada.
Dejemos obrar al tiempo,
que aclara temprano ó tarde
los mas profundos misterios.
Evitemos un escándalo
de que podríamos luego
arrepentirnos.
D.ª SAL. Bien; sí;

yo seguiré los consejos
de usted. Me dejo arrastrar
del ímpetu de mi génio
muchas veces, me acaloro...
Pero con ojos serenos
¿quién mira tantos reveses
uno sobre otro...

MARQ. En efecto;
pero...

D.ª SAL. Mi hija... ¡Ah! ¿Le habrá
repetido...

MARQ. No lo creo.
Ya hubiera llamado Rita...

D.ª SAL. Sí; quedó al pié de su lecho...
(Entreabriendo la puerta de la derecha.)
Miraré, no obstante...
(Entra.)

MARQ. *(Solo.)* ¡Amargas
dudas, presagios siniestros,
no me atormenteis!

D.ª SAL. *(Saliendo.)* Aun duerme.
(Retirándose.)
No interrumpamos su sueño.

MARQ. (¡Á buena hora lo dice!)
Usted tambien, será bueno
que se recoja...

D.ª SAL. No, no.
¿Cómo dormir con sosiego
cuando mi casa... Aun no he visto
los estragos del incendio.
(Tomando el brazo del Marqués.)
Voy, voy... ¡Qué dia de prueba!...
Usted no se irá tan presto...

MARQ. Es fuerza. Tengo que dar
órdenes...

D.ª SAL. Bien; pero luego
volverá usted á comer
con nosotras...

MARQ. Lo prometo.
(Vánse por el foro.)

ESCENA IV.

JACINTA.

(Entreabriendo la puerta de la izquierda.)

Ya no se oye hablar... Saldré...
(Sale á la escena y observa desde el foro.)
Hácia el jardin van los dos.
(Vuelve al proscenio.)
Veré á Jacoba, aunque turbe
el sueño reparador
en que aun reposa tal vez.
El tiempo corre veloz,
fuerza es hablarla, y no debo
desperdiciar la ocasion.—
¡Ella duerme, cielo santo,
y en mí, que inocente soy,
vierte su hiel la calumnia
y su ponzoña el rencor!
¿Qué importa? No por quien da
tan indigno galardon,
á mis finezas; por mí
lo hago, Dios mio, y por vos.
Fácil me fuera cambiar
el insensato furor
de mi tia en llanto acerbo,
luto y desesperacion;
mas ni aun en defensa propia
me consiente el pundonor
denunciar á quien en mí
su arcano depositó.
Dios querrá, sin mengua mia,
si nubes lo eclipsan hoy,
que luzca de mi inocencia
puro y espléndido el sol.—
Abren la puerta... Ella es.

ESCENA V.

JACINTA.—JACOBA.

JACOBA. ¡Mamá... ¡Ah! Jacinta...
JACINTA. Bajó
al jardin. Solas estamos.
JACOBA. *(Abrazándola.)*
¡Ah! ven. Los brazos te doy
agradecida, admirada.
¡Cuál sería mi dolor
si tú...
JACINTA. Bien; sí... Lo que importa...
JACOBA. Al recobrar la razon
supe... ¡Oh Jacinta!...
JACINTA. Abreviemos.
Un azar...
JACOBA. Temblando estoy.
¿El niño...
JACINTA. Vive; no temas.
JACOBA. Mas ¿dónde... Mamá ordenó...
JACINTA. ¡Venera, Jacoba, admira
la providencia de Dios!
¿Quién dirás que acoge al huérfano...
JACOBA. No sé...
JACINTA. ¡El Marqués!
JACOBA. (¡Oh rubor!)
JACINTA. ¡Callas!
JACOBA. Con dardo mortal
me has pasado el corazon.
JACINTA. ¿Y cómo ocultarte...
JACOBA. Acaba.
JACINTA. En el jardin se encontró
una prenda...
JACOBA. ¡Prenda!... ¿Cuál?
JACINTA. ¿Recuerdas un medallon...
JACOBA. ¡Oh cielo!
JACINTA. Con una cifra...
JACOBA. El nombre del seductor
y el mio. Mas ¿quién lo ha visto?
JACINTA. Cándido, tu madre, yo,

el Marqués.

JACOBA. Ah! soy perdida.

JACINTA. ¿Perdida? ¿Por qué? Depon
tu zozobra. En mí recaen
las sospechas; en tí, no.

JACOBA. ¡Ay de mí! Si ahora se engañan,
poco durará su error;
que no está en la cifra sola
el riesgo... ¡Ah! perdida soy,
te digo.

JACINTA. ¡Cómo...

JACOBA. Si miran
la joya con atencion,
verán, moviendo un resorte,
un papel acusador...

JACINTA. ¡Qué oigo!

JACOBA. En él;—ahora maldigo
mi funesta prevision;—
en él con mi propia mano
consigné mi deshonor.
¡Oh! no sobreviviré,
lo juro, á tanto baldon.

JACINTA. ¡Oye...

JACOBA. Nada quiero oir.
¡Mi destino se cumplió!

JACINTA. Nadie ha visto ese papel
que es causa de tu terror;
nadie lo verá.

JACOBA. ¡Qué dices!
Pues ¿quién... ¿Cómo...

JACINTA. El medallon
está en mi poder.

JACOBA. ¡Ah!

JACINTA. Cándido,
que á su tia lo negó,
viéndome blanco indefenso
de injuriosa acusacion,
me lo ha dado... sin abrirlo.

JACOBA. Y cuando con él la atroz
calumnia puedes triunfante
desmentir, ¿tu abnegacion
será tál que á ese testigo,
el único en tu favor,

renuncies? No. Dios no quiere
en ese nuevo crisol
probar tu virtud excelsa
y mi eterna confusion.
No; ¡á tí el lauro, á mí el oprobio!—
Pero á prevenirlo voy.

JACINTA. ¿Qué intentas?

JACOBA. Tiempo ha, por dicha,
para este trance me armó
mi presentimiento. Un tósigo
antes que alumbre otro sol
pondrá término á mi vida,
que miro ya con horror.

JACINTA. ¡Jacoba!

JACOBA. Podré morir
maldita; humillada, no.

JACINTA. ¡Por piedad...

JACOBA. Vano es tu ruego;
me irrita tu compasion;...
¡me fatiga tu virtud!

JACINTA. ¡Perdónala como yo,
Dios mio!—¿Será posible...

JACOBA. Firme es mi resolucion,
y no me conoces bien
si dudas de mi valor.

JACINTA. ¡Valor! Demencia, impiedad,
cobardia. ¡Oh justo Dios!
Valor sería á tu orgullo
preferir tu obligacion;
valor sería ofrecer
en holocausto al Señor
las penas, las amarguras
que forzoso efecto son
de tu flaqueza; y al seno
volver que le desechó
el hijo desventurado;
y oir la elocuente voz
con que la sangre te pide,
te manda la religion
prodigar de hoy mas á él solo
los tesoros de tu amor.

JACOBA. ¡Me insultas!

JACINTA. ¡Ah! no. Salvarte

deseo...

JACOBA. No hay salvacion
para mí; ni el triste huérfano
que en hora infausta nació
pierde nada con perder
una madre sin honor,
sin fe...

JACINTA. ¡Oh, no delires!...

JACOBA. Tú,
tú sola pudieras... ¡Oh!
¿Cómo exigirlo de tí
cuando ni de tu perdon
soy digna? Sí, sí; deliro...
Sufra yo sola el rigor
de merecido infortunio.
Dios pide en expiacion
de mi delito, no tu honra,
mi vida. Yo te la doy
en cambio de otra mas pura
que por tí no pereció.
Así del secreto horrible
que pesa sobre las dos
nos descargamos. Así
brillará con mas fulgor
tu frente, y caerá en la mia
la infamia y la execracion
despues que duerman mis ojos
en eterna noche. Adios.

JACINTA. *(Deteniéndola.)*
¡Espera, infeliz! Renuncia
á ese designio feroz.
Te lo ruego... Te lo mando.

JACOBA. ¡Aparta!

JACINTA. ¡Ah!
(Ofreciendo á Jacoba el medallon.)
Toma. Ya estoy
desarmada. Ya me puede
ultrajar á su sabor
tu injusta madre... y tú misma,
y echarme de esta mansion
si su dignidad lo exige
á damas de tanta pro.

JACOBA. ¡Jamás! Ni tal sacrificio

debo admitir, superior
mil veces al de mi vida.
Guarda el fatal medallon
¡y muera yo!

JACINTA. No; tus manes
viera siempre en derredor
funestando mi existencia,
y de tu condenacion
culpable sería. Toma...
(Haciendo tomar á Jacoba el medallon.)
Sí; y cese ya tu temblor,
y vuelva á tu alma la paz,
y de mi tribulacion
no te cuides, que en el cielo
será mi lauro mayor
cuanto más pruebe en el mundo
mi fé y mi resignacion.

JACOBA. ¡Oh! ¿Qué soy yo en tu presencia,
númen celeste, qué soy,
pese á mi loca altivez?
(En ademan de arrodillarse, y Jacinta le detiene.)
Postrada...

JACINTA. ¡No! ¡Qué haces! ¡No!
Si nos ven... Guarda esa joya
y vuelve á tu habitacion.

JACOBA. *(Guardando el medallon y yéndose hácia su cuarto.)*
Adios.

JACINTA. *(Volviendo despues de dar algunos pasos.)*
¡Oh! ¡Aguarda!

JACOBA. *(Volviendo la cabeza.)*
¿Qué quieres?

JACINTA. Decirte se me olvidó,
Jacoba...

JACOBA. ¿Qué?

JACINTA. Que te impongo
una sola condicion.

JACOBA. ¿Cuál?

JACINTA. ¿No te la anuncian ya
la conciencia y el pudor?

JACOBA. ¡Ah! *(Se cubre el rostro con las manos.)*

JACINTA. Dia de sacrificios

es para entrambas el de hoy.

JACOBA. ¡Oh! Menos me espantaría
un rayo exterminador
que esas palabras crueles.
(Queda pensativa y consternada.)

JACINTA. Para mí tambien lo son,
y mas de lo que imaginas;
pero al labio las dictó
austero deber. Si es débil
testimonio de adhesion
á los lazos que nos unen
y al techo que me abrigó,
sacrificar á la tuya
mi propia reputacion,
toma mi sangre tambien,
Jacoba, y muerte precoz
ponga fin á mi desdicha;
pero no es mio el blason
del ilustre caballero
que modelo de candor
te juzga, y de cuya afrenta
sería cómplice yo
si en tu lengua temeraria
no atajase el sí traidor.

JACOBA. *(Con sumo abatimiento.)*
Basta. ¡Oh! duélete de mí.

JACINTA. ¿Renunciarás á esa union
que Dios repueba?

JACOBA. *(Como maquinalmente.)* Sí.

JACINTA. Júralo,
Jacoba, al sumo Hacedor
por la vida de tu hijo.

JACOBA. Sí, sí; lo juro.

JACINTA. ¡Sed vos
testigo de su promesa,
Dios mio, como lo sois
de mi martirio!—Oigo pasos...
Separémonos.

JACOBA. *(Con la misma insensibilidad.)* Sí.

JACINTA. Adios.
(Váse por la puerta de la izquierda, quedando en la escena Jacoba inmóvil y como petrificada.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

JACINTA.—CÁNDIDO.

CÁNDIDO. ¿Es cierto lo que me dices?
¿Con que esa tia cerril,
estúpida y descastada...
JACINTA. ¡Cándido!... No hables así.
CÁNDIDO. Para lo que ella merece
aun he dicho poco. En fin,
¿ha tenido corazon
para despedirte?
JACINTA. Sí.
Ni puedo ya con decoro,
bien lo conoces, vivir
á su lado.
CÁNDIDO. En tí está bien
el no doblar la cerviz
á quien sin razon te ultraja;
pero, porque en el magin
se le ha puesto atribuirte,
sin otra razon que el *sic*

volo, sic jubeo, culpas
que otra cometió, ¿no es ruin
accion echar de su casa
á una huérfana infeliz?
¡Ella que encierra en sus cofres
las minas del Potosí!
Más agua voy á llorar
que lleva Guadalquivir.

JACINTA. ¡Qué quieres! Las apariencias
estan todas contra mí.

CÁNDIDO. ¡Que lo estén! Es tia tuya,
aunque indigna, no alguacil
ni agente de policia,
(Con un dedo en la frente.)
y si ella tuviera aqui
lo que le falta, no diera
tal escándalo.

JACINTA. Sufrir
debo y callar.

CÁNDIDO. ¡Y dar armas
contra tí misma á la vil
calumnia! No; pon el grito
en la bóveda turquí;
acude al juez, al vicario,
al gobernador civil,
á las Córtes, á la Reina...

JACINTA. Vencida fuera en la lid,
que al cabo está en su derecho
mi tia.

CÁNDIDO. ¡Alma baladí!
Ella es dueña de su casa;
mas culparte de un desliz...

JACINTA. No lo hará en los tribunales;
ni me está bien recurrir
á ellos.

CÁNDIDO. ¡Fatalidad!
Contra el ciego frenesí
de la tia yo esperaba
que nuestra prima gentil
fuese tu egida; ¡y un vértigo
la acomete en el jardin,
y vuelve de él impasible,
muda, insensata!

JACINTA. (¡Feliz
ella si nunca recobra
la razon!)
CÁNDIDO. Si he de decir
lo que siento, desmayarse,
ella que es tan varonil,
cuando de improviso vió
que ardia mi camarin,
y despues esa demencia
que no acierto á definir...
Aqui hay misterio, Jacinta.
JACINTA. ¡Cómo...
CÁNDIDO. No me falta un tris
para sospechar que el párvulo...
JACINTA. ¡No!...
CÁNDIDO. Le toca mas que á tí.
JACINTA. ¡No lo pienses! ¡No lo digas!
CÁNDIDO. ¿Por qué no lo he de decir?
JACINTA. Porque no puedes probarlo
y te expones á un mentis
vergonzoso, y á perder
la gracia que yo perdí.
CÁNDIDO. Por la gracia de mi tia
no doy seis maravedis.
JACINTA. Sé mas generoso qne ella,
Cándido, y mas justo. Dí:
si solo por los indicios
hemos de juzgar, ¿no hay mil
que me acusan para uno
que pudieras tú aducir
contra Jacoba? Y no obstante
la alta opinion que de mí
has formado ¿no pudiera
ser aparente barniz
esta virtud...
CÁNDIDO. No prosigas,
que con ese noble ardid
no me engañas. Callaré
si tú me lo mandas...
JACINTA. Sí;
te lo ruego.
CÁNDIDO. Bien está,
mas ¡quererme persuadir

tú misma de que no eres
la gloria de tu pais
y de tu sexo...

JACINTA. Álguien sube.

CÁNDIDO. *(En ademan de irse.)*
No me podré reprimir
si es la tia.

JACINTA. *(Mirando por el foro)*
No; el Marqués.

CÁNDIDO. Pues él....

JACINTA. *(Bajando la voz.)*
¡Calla! Ya está ahí.

ESCENA II.

JACINTA.—CÁNDIDO.—EL MARQUÉS.

MARQ. ¡Oh Jacinta!—¡Amigo mio!...

CÁNDIDO. ¡Señor Marqués!

MARQ. ¿Qué me anuncia
esa agitacion?... ¡Jacinta!
¿Ha habido en mi ausencia alguna
novedad?

CÁNDIDO. ¡Ah! sí, señor.

MARQ. Sáquenme ustedes de dudas.
Dejé dormida á Jacoba,
y aplacada ya la furia
de su madre...

CÁNDIDO. Á aquella calma
sobrevino nube oscura,
tempestuosa..., y como el débil
es forzoso que sucumba
siempre...

MARQ. Pues ¿qué...

CÁNDIDO. Pero al menos
no es ya Jacinta la única
que apurará en esta casa
la copa de la amargura.

MARQ. ¡Qué oigo!

JACINTA. ¡Cándido!

MARQ. Hable usted.

CÁNDIDO. No puedo: el dolor me anuda

la lengua, y la indignacion...
Mi tia sube. Ella supla
mi silencio.

ESCENA III.

JACINTA.—CÁNDIDO.—EL MARQUÉS.—DOÑA SALOMÉ.

D.ª SAL. ¡Ay Marqués! Ya
sabrá usted mi desventura.
Jacoba...
MARQ. ¡Qué! ¿su salud...
D.ª SAL. No es eso lo que me angustia.
Ya ha tiempo que despertó,
y sin dolencia ninguna
al parecer; mas no sé
qué estraña idea conturba
su mente. Me desconoce,
no responde á mis preguntas,
y si habla son sus palabras
incoherentes, confusas...
MARQ. ¡Loca! ¡Oh Dios!
D.ª SAL. ¡Tal vez! Mas luego
que respire el aura pura
del jardin, confio en Dios...
Sumida queda en profunda
tristeza y tenaz silencio,
pero mas tranquila. Lúcas
y Rita están á la mira.
MARQ. (¿De qué nace esa locura,
justo Dios... y por qué hoy
y no ayer?...)
D.ª SAL. Tristes resultas
del susto de esta mañana.
Ella padece sin culpa,
la infeliz, y cuando á otra
tantos indicios acusan...
MARQ. ¡Señora!
CÁNDIDO. ¡Ah! yo juro...
JACINTA. *(En voz baja.)*
Calla.
D.ª SAL. No acrimino su conducta:

Dios la juzgue; mas las dos
no pueden ya vivir juntas.
(A Jacinta.)
Lo reconoces tú misma.

JACINTA. Es verdad.

D.ª SAL. Tú, que ni excusas
tu proceder con razones,
ni con lágrimas y súplicas
desarmas...

CÁNDIDO. Un alma grande,
tia, no se abate nunca;
fia en Dios y en su inocencia
y tarde ó temprano triunfa.

D.ª SAL. ¡Eh! calla tú, y reflexiona
que tu charla inoportuna
puede agravar su desdicha
y acaso labrar la tuya.

CÁNDIDO. Ni temores, ni amenazas
han de impedirme que cumpla
con la obligacion de deudo
y amigo; y si usted expulsa
indignamente á Jacinta,
yo reclamo la honra suma
de que me alcance el rigor
de esa proscripcion absurda.

JACINTA. ¡Oh, no le oiga usted, señora!

D.ª SAL. ¿Por qué no? Si de eso gusta...
Abreviemos. Es medida
que á mi carácter repugna,
pero forzosa. Mi coche
á Córdoba te conduzca.—
No por eso te abandono
al rigor de la fortuna.
Proveeré á tu subsistencia...
(Ofreciendo á Jacinta un bolsillo.)
Toma...

JACINTA. ¡No! ¡Jamás!

D.ª SAL. ¿Rehusas...

MARQ. Hace bien en rehusar
los dones de quien la insulta.

D.ª SAL. ¡Marqués!

MARQ. Sí; y será preciso,
aunque ofenda á usted mi adusta

franqueza, que de mis labios
oiga la verdad desnuda.
Sea cual fuere, señora,
la causa en que usted la funda,
no ha merecido Jacinta
esa medida tan dura
y tan inícua. ¡Qué valen
cavilosas conjeturas
contra una jóven á quien
tan nobles dotes ilustran?
¿Y acaso porque esa víctima
sacrifique usted ilusa
al qué dirán, solo en ella
se ensañará la calumnia?...
Veló piadosa y solícita
por la tierna criatura;
se arrojó al fuego por ella:
he aqui una prueba inconcusa
de su desliz, dirá usted;
¡qué así en el mundo se juzga!
He aquí, digo yo, una gloria
que hasta los cielos la encumbra,
sea madre, ó no lo sea
del huérfano á quien escuda.
Si lo es, ¿qué madre excedió
su fe, su amor, su ternura?
Si nó,... ¿qué humana virtud
es comparable á la suya?

CÁNDIDO. *(Tomando afectuosamente la mano del Marqués.)*
¡Bravo, bravo!

JACINTA. (¡Oh gozo inmenso!
Dios me paga con usura
mi sacrificio.)

D.ª SAL. Absorta
me deja usted y confusa,
señor Marqués. ¡Qué entusiasmo!
Ya veo que hay mas ventura
en ser amiga de usted
que en ser su amante.

CÁNDIDO. (Ya punza
la envidia.)

MARQ. El amor no excluye

á la amistad cuando es pura
y merecida.

CÁNDIDO. ¡Oh Dios mio!
¿Merecida? Cual ninguna.
Aun no sabe usted su...

JACINTA. *(En voz baja.)*
¡Cándido!

MARQ. Demos fin á una disputa
odiosa, inútil. Yo espero
que en breve nos restituya
el cielo á todos la paz
y la confianza mútua.
Ahora en torno de Jacoba
la sangre, el amor reunan
nuestros esfuerzos...

JACOBA. *(Dentro.)* ¡Mamá!
(Todos corren hácia el foro.)

D.ª SAL. ¡Llama!

CÁNDIDO. Ahí está.

MARQ. ¡Oh Dios!...

D.ª SAL. ¡Oh angustia!
(Aparece Jacoba con el cabello suelto y algun desaliño en sus vestidos, pero con semblante apacible y risueño. Trae en la mano una corona de flores.)

ESCENA IV.

DOÑA SALOMÉ.—JACINTA.—CÁNDIDO.—EL MARQUÉS.—JACOBA.

JACOBA. ¡Mamá!... ¡Bien! Todos aquí...
Ved ya mi frente serena,
y dadme la enhorabuena,
y recibidla de mí.

D.ª SAL. ¡Hija!...

MARQ. ¡Jacoba!...

JACOBA. Ya el rayo
á que tanto miedo tuve
no me amaga en densa nube...
Sus galas recobra Mayo.
Vagaba por el jardin,

como leve mariposa,
de la azucena á la rosa
y del clavel al jazmin,
hasta que llena la falda
me he visto de lindas flores,
y—¡mirad!—con las mejores
he tegido esta guirnalda.—
Hoy me caso.

JACINTA. (¡Oh Dios!)

JACOBA. Sí tal.
(Presentando la guirnalda á Jacinta. Ésta se acerca, pero no la toma.)
Adórname tú con ella.
(Como para sí.)
¡Qué ufana estaré y qué bella
con mi corona nupcial!

JACINTA. *(En voz baja.)*
¡Oh, calla!...

JACOBA. *(Sin oir á Jacinta.)* Pónmela pues...
Pero mi dueño adorado
¿dónde está?

D.ª SAL. (¡Oh cielo!) Á tu lado.

MARQ. ¡Jacoba!...

JACOBA. ¡Oh, sí; él es, él es!

MARQ. ¡Me conoce!

JACOBA. *(Con acento de melancolía.)*
¡Otra diadema
temí mostrar á tus ojos!...

D.ª SAL. ¡Tú!...

JACOBA. ¡De ciprés y de abrojos!...

D.ª SAL. ¡Ah, no!...

JACOBA. ¡Aun oigo el anatema...
(Riéndose.)
¡Pueril temor!... Soy su amada.
¿Quién romperá el nudo santo
que ha de unirnos?—Suena el canto
religioso...
(Breve pausa. Queda como en actitud de orar.)

JACINTA. (¡Desdichada!)

JACOBA. ¿Oís?... El alma se arroba...

CÁNDIDO. (¡Ah!...)

JACINTA. (¡No puedo mas!)

JACOBA. Sí.

(Otra pausa breve.)

Sí.—

Ahora la mano.

(Tomando la del Marqués y quedando entre él y Jacinta.)

¡Así!

¡Oh dicha! ¡Oh placer!

JACINTA. *(Con energía, aunque á media voz y apretando fuertemente la mano de su prima.)*

¡Jacoba!

JACOBA. *(Con grito agudo.)*

¡Ah!

(Con suma agitacion.)

¡Mentí! No mas amores.

MARQ. ¡Qué oigo!

D.ª SAL. ¡Ah!...

JACOBA. ¡No mas parabienes!

JACINTA. ¡Prima!...

JACOBA. ¡No es dado á mis sienes
ceñir guirnaldas de flores!
¡No sus matices destruya
esta fiebre que me inflama!
Otra frente la reclama
más digna...

JACINTA. *(Con el dedo en la boca.)*

¡Basta!

JACOBA. *(A Jacinta)* ¡La tuya!

MARQ. (Tiemblo...)

JACOBA. Yo misma...

D.ª SAL. ¡Ay dolor!

JACOBA. Yo te la pondré...

D.ª SAL. (¡Oh demencia!)
¿No miras...

CÁNDIDO. (¡Ah, la conciencia!...)

JACOBA. Si merezco tanto honor.
(Siguiendo á Jacinta que quiere retirarse.)
Ven, no huyas. ¿Qué te espanta?

JACINTA. ¡Oh!...

JACOBA. Tú sola la mereces.

D.ª SAL. ¡Ella!

JACOBA. ¡Sí, una y mil veces;
ella, sí! ¡Es mártir; es santa!
(Pone la guirnalda en la cabeza de Jacinta, que

al momento se la desciñe.)

JACINTA. ¡No! Huiré...

D.ª SAL. ¡Qué tormento!—Sí.

JACOBA. *(Deteniendo con fuerza á Jacinta.)*
¡Detente!

D.ª SAL. Yo te lo mando.

JACOBA. *(Abrazada á Jacinta.)*
¡No se irá, no! ¿Desde cuándo
no soy yo quien reina aquí?
¡Infeliz si álguien la toca!

D.ª SAL. Vuelve en tí... (¡Delirio horrendo!)

JACOBA. Quédate. Yo te defiendo.
(Mostrando á su madre.)
Esa mujer está loca.
(A doña Salomé con rápida transicion.)
Sin esa con quien te ensañas
¿qué fuera de la honra mia?

D.ª SAL. ¡Tu honra!

MARQ. ¡Oh cielo!

JACOBA. ¿Qué sería
del hijo de mis entrañas?

D.ª SAL. *(Con grito de desesperacion y cubriéndose la cara.)*
¡Ah!

JACOBA. ¡Gran Dios!

D.ª SAL. ¡Mi maldicion...

CÁNDIDO. }
JACINTA. } ¡Piedad!

JACOBA. *(Á su madre con estúpida confianza.)*
¿No sabias... Ven...

MARQ. ¡Señora!...

D.ª SAL. (¡Oh vergüenza!)

CÁNDIDO. (Bien
me lo dijo el corazon.)

JACOBA. *(Dirigiéndose á la habitacion de la derecha y bajando la voz.)*
Verás... Ven, sígueme...

D.ª SAL. ¡Aparta!

JACOBA. Ya no hay miedo... Él nada sabe.
Allí tengo bajo llave
el medallon y la carta...

D.ª SAL. ¡Dios piadoso!...

JACOBA. Ven en pos

de mí, callandito, y cierra...
¡Que no nos sienta la tierra!
¡Lo oyes?
(Con el índice en la boca y entrando en su cuarto.)
¡Silencio, por Dios!

ESCENA V.

JACINTA.—DOÑA SALOMÉ.—EL MARQUÉS.—CÁNDIDO.

D.ª SAL. ¡Oh! Ya no eres hija mia.
Te abandono, te detesto...
JACINTA. ¡Ay, no, que su error funesto
harto la infeliz expía!
¡Piedad! ¿Quién no la perdona
viéndola en tal desvarío?
¿Qué será de ella, Dios mio,
si su madre la abandona?
Hoy más que nunca el amor
y el halago ha menester
de aquella á quien debe el ser...
¿Llora usted? ¡Tánto mejor!
D.ª SAL. ¿Para qué quiero la vida...
JACINTA. *(Empujándola hácia la puerta de la derecha.)*
¡Para ella! Sus ojos vean
esas lágrimas y sean
el bálsamo de su herida.
D.ª SAL. ¡Sí!—Mas tú... Qué injusta he sido!
¡Qué ciega!...
JACINTA. Basta...
D.ª SAL. Confieso
con rubor...
JACINTA. No hablemos de eso.
Éntre usted...
(Abrazando á doña Salomé.)
Todo lo olvido.

ESCENA VI.

JACINTA.—CÁNDIDO—EL MARQUÉS.

MARQ. *(De rodillas.)*
¡Mujer divina!
JACINTA. ¡Marqués!
CÁNDIDO. ¡Vítor!
JACINTA. ¡Por Dios...
MARQ. ¡Demasiado,
ángel hermoso, he tardado
en arrojarme á tus piés!
JACINTA. Alce usted, ó á mi pesar
huiré...
MARQ. *(Levantándose.)*
¡No! Ya te obedezco.
JACINTA. Confusa estoy... No merezco...
MARQ. Tu mereces un altar.
JACINTA. ¡Dios mio!
CÁNDIDO. Tiene razon.—
Yo lloro de regocijo.
MARQ. Y de hoy mas yo te lo erijo
en mi amante corazon.—
¡Qué digo! Siempre te amé.
Cayeron en la herejía
mis ojos, pero vivía
dentro del pecho la fe;
y si á los ojos creí
mas que á la fe que en secreto
te preferia al objeto
por quien fascinado fuí,
no es porque á tu dulce encanto
amor negase la palma;
es porque cobarde el alma
no osaba aspirar á tanto.
JACINTA. Por mí el llanto en que me inundo
responda, que vano empeño
fuera... ¡Oh Dios! si esto es un sueño,
¡no despierte yo en el mundo!
CÁNDIDO. ¿Sueño? No. Triunfo, y completo.
(Con cierto despecho cómico.)

¿Puedo ya hablar, pésia mí?
(Jacinta se sonrie y le dice que sí con la cabeza.)
Le amaba á usted.

MARQ. ¡Cielos!

CÁNDIDO. Sí.
Yo sorprendí su secreto.

MARQ. ¡Y por su propia rival
intercedió, y tanto agravio...

JACINTA. Y aun fuera mudo mi lábio
si ese accidente fatal...

JACOBA. Para ensalzar tu inocencia
y hacerme dichoso á mí,
quiso decretarlo así
la divina Providencia;
y para mayor victoria
la misma que tu tormento
ha causado, es instrumento
de su castigo y tu gloria.
De ella estaré mas ufano
que de todos mis blasones
si el sello á mi dicha pones
otorgándome tu mano.

CÁNDIDO. Sí otorga. Pues ¡bueno fuera...
(Dando la mano al Marqués.)
Ahí va la mia, si soy
digno...

MARQ. Sí, primo; y desde hoy
me encargo de tu carrera.

JACINTA. Sí; casto lazo nos una.
Negar que mi alma le ansía
fuera vana hipocresia
y modestia inoportuna.—
Pero cuando en torno veo
tanta desdicha, es forzoso
pedir al alma reposo
y dar treguas al deseo.
Boda, festines, placeres
serian en tanto horror
escarnio, insulto al dolor
de esas dos pobres mujeres.—
Ya pesarosa me siento
de dejarlas... Entra allí,
buen Cándido...

(Viendo que Cándido muestra alguna repugnancia.

¡Hazlo por mí!
Yo te seguiré al momento.
(Entra Cándido en la habitacion de la derecha.)

ESCENA ULTIMA.

JACINTA.—EL MARQUÉS.

JACINTA. Dios completará su obra
dando fin con su clemencia
de la hija á la demencia,
de la madre á la zozobra.
Sí; tras de fatiga tanta
pronto vencerá, lo espero,
á un delirio pasajero
la naturaleza santa.
Porque la piedad lo aplace
no será ¡oh mi caro esposo!
menos firme y venturoso
el nudo que nos enlace.
En tanto gozosa y tierna
doy á mi dueño esta mano,
prenda de amor sobrehumano
y fidelidad eterna.
(El Marqués toma la mano de Jacinta y la besa con pasion. Jacinta alza los ojos al cielo con inefable gozo.)

FIN DEL DRAMA.

GOBIERNO POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 6 de Octubre de 1852.

Examinada por el Censor de turno, y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Diaz.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

¡Diez mil duros!!
De este mundo al otro.
La hechicera.
Buenas noches, señor don Simon.
El novio pasado por agua.
Por seguir á una muger.
El Campamento.
Tribulaciones!!
El sacristan de San Lorenzo.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Misterios de bastidores.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
El alma en pena.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid: en las librerias de Cuesta, calle Mayor; Monier, Carrera de San Gerónimo; Rios, y Perez, calle de Carretas.

EN PROVINCIAS.

Adra. . . .	D. Francisco Barranco Medina.
Albacete. . .	Nicolas Herrero y Padron.
Alcalá. . . .	Felix Moreno.
Alcoy. . . .	José Martí y Roig.
Algeciras. . .	Serafin Derqui.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almería. . .	Mariano Alvarez.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera. .	Joaquin Maria Casaus.
Aranjuez. . .	Gabriel Sainz.
Avila.	Julian Corrales.
Avilés. . . .	Ignacio García.
Badajoz. . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Francisco Fernandez.
Baeza. . . .	Manuel Alambra.
Barcelona. .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar	Vicente Alvarez.
Benavente. .	Pedro Fidalgo Blanco.
Berja. . . .	Nicolas del Moral.
Bilbao. . . .	Sres. Delmas é Hijo.
Burgos. . . .	Sergio Villanueva.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Severiano Moraleda.
Calatayud. . .	Bernardino Azpeitia.
Carmona. . .	José Maria Moreno.
Cartagena. . .	Vicente Benedicto.
Castellon. . .	Remigio Moles.
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Antonio Mexía.
Cdad-Rodrig.	Salomé Perez.
Córdoba . . .	Juan Manté.
Coruña. . . .	José Lago.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Ecija.	Ciriaco Jimenez.
Figueras. . .	Jaime Bosch.
Gerona. . . .	Narcisa Grasses.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada. . .	José María Zamora.
Guadalajara.	Fermin Sanchez.
Guardamar. .	Sres. García y Muñoz.
Habana. . . .	Charlain y Fernandez.
Huelva. . . .	Osorno é hijo.
Huesca. . . .	Bartolomé Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen. . . .	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon.	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Manuel de Zara y Suarez.
Lisboa. . . .	Silva Junior.
Logroño. . .	Ciriaco Verdejo.
Loja.	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado.
Lugo.	D. Manuel Pujol y Masia.
Lucena	José Jimenez.
Málaga. . . .	Francisco de Moya.
Manila. . . .	Ramon Somoza.
Manresa. . .	Manuel Sala.
Manzanares. .	Dimas Lopez.
Medina Sidon.	Hilario de Pina.
Motril. . . .	José Joaquin Batlle.
Murcia. . . .	Antonio Molina.
Orense. . . .	José Ramon Perez.
Oviedo. . . .	Bernardo Longoria.
Palencia. . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Pedro José García.
Pamplona. .	Ignacio Garcia.
Paris.	Boix y Compañia.
Plasencia. . .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Juan Verca y Varela.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María.	José Valderrama.
Requena. . .	Antolin Penen.
Reus.	Juan Bautista Vidal.
Rivadeo. . .	Francisco F. de Torres.
Ronda. . . .	Rafael Gutierrez.
Salamanca. .	Telesforo Oliva.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar. .	José Maria Espez.
Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander. .	Clemente Maria Riesgo.
Santiago. . .	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . .	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fé.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona. .	Antonio Puigrubí y Canals.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo. . . .	José Hernandez.
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Francisco Martinez Gonzalez
Valencia. . .	Francisco Mateu y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid. .	José M. Lezcano y Roldan.
Valls.	Cayetano Badía.
Velez Málaga	Mariano Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vigo.	José Maria Chao.
Vill. y Geltrú	Joté Pers y Ricard.
Vitoria. . . .	Bernardino Robles.
Ubeda. . . .	Francisco de P. Torrente.
Zafra	Juan de Dios Hurtado.
Zamora. . .	Manuel Conde.
Zaragoza . .	Pascual Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.